

Josefina de la Torre

Poemas de la isla

Josefina de la Torre

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

30

POEMAS DE LA ISLA

Edición de Lázaro Santana



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Josefina de la Torre

POEMAS DE LA ISLA

Islas Canarias
1989

- © Para la introducción **Lázaro Santana**
- © Para el texto **Josefina de la Torre**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-29-6

Depósito Legal: M. 44.580-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
Versos y estampas	23
Poemas de la isla	67
Marzo incompleto	97
Medida del tiempo	125

INTRODUCCIÓN

Josefina de la Torre nació en Las Palmas de Gran Canaria, en 1907. Es probable que su hermano Claudio (doce años mayor que ella) supusiera un estímulo para su precoz dedicación a la literatura. Y que su tío, Néstor de la Torre, un famoso barítono que había actuado en prestigiosos teatros europeos, advirtiera la calidad de su voz y sus posibilidades como cantante: él fue su primer maestro. De cualquier manera, Josefina no careció de ambiente propicio en el que desarrollar sus aficiones. La ciudad en que nació y la época que le tocó vivir en ella, y también la índole de su propia familia, ofrecían las mejores oportunidades para que un talento como el suyo, situado justamente en el lugar y el tiempo adecuados, se desarrollara sin ningún impedimento. Entre el año de su nacimiento y el de 1927 —fecha en la que Josefina publica su primer libro— ocurren en Las Palmas distintos hechos que marcan el despegue de la cultura insular desde un plano estrictamente provinciano a otro de proyección más extenso: Tomás Morales publica en 1908 *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, y en 1919 *Las Rosas de Hércules*. En 1915 aparece *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada, y en 1922, *La Umbría*, del mismo poeta. Saulo Torón da a conocer en 1919 *Las monedas de cobre*, y en 1921 *El caracol encantado*. Néstor, el pintor, primo de Josefina, realiza el *Poema del mar*, entre 1912 y 1923. *En la vida del Señor Alegre*, la novela con la que Claudio de la Torre obtuvo el Premio

Nacional de Literatura de 1924, se publicó en ese mismo año.

Todos esos acontecimientos ocurrían en una pequeña ciudad y dentro de un círculo social íntimamente unido por vínculos familiares e intereses culturales comunes. Nada tiene de extraño, pues, que Josefina de la Torre escribiese poemas a los siete años de edad, y que esta precocidad no quedara circunscrita a ser festejada en exclusiva por la propia familia de la poeta, sino que trascendiera públicamente: «Aborrezco los niños prodigios —escribe Margarita Nelken en 1917—. Esas criaturas que en lugar de jugar a la comba o al peón, ejecutan —en el sentido literal de la palabra— obras como las podría ejecutar un loro o cualquier otro bicho aplicado, me parecen un absurdo... (...). Por consiguiente no voy a hablar aquí de ningún fenómeno (...). Josefina de la Torre Millares puede asemejarse a primera vista a esos infelices (...) pero basta con conocer la obra (...) y ver con asombro, con admiración y con gran certeza que se trata de algo muy serio; de algo que un día será muy grande. Josefina de la Torre hace versos como podría contarle cuentos a su muñeca». Nelken reproduce y comenta algunos versos de Josefina, y concluye formulando unas observaciones acerca de la manera en que esa poesía se produce: «... no es una niña prodigio. Es un poeta (...) que siente, exaltada y amorosamente, que expresa divinamente lo que siente, y que, superior en ello a muchos poetas, siente y expresa todas sus emociones con la ingenuidad y la fuerza del arte que brota natural e instintivo, sin saber por qué brota». Una definición absolutamente certera, y que continuará siendo válida para casi toda la poesía que Josefina de la Torre va a escribir a lo largo de su vida.

Después de aquellos textos iniciales que comentaba Margarita Nelken, los versos de Josefina empiezan a aparecer en revistas como «España» (1920), «Alfar» (1925), «Verso y prosa» y «La gaceta literaria» (1929, 1930), es decir, en casi todas las revistas en que también colaboraban poetas

de la generación de 1927. Es precisamente en el año que rotula a esa generación cuando se publica su primer libro, *Versos y estampas*. La firma editora es la revista «Litoral», empresa amical tan vinculada a los primeros libros de Altolaguirre, Prados, Cernuda, etc. El libro de Josefina lleva un prólogo de Pedro Salinas.

Entre 1927 y 1935 Josefina pasa largas temporadas de residencia en Madrid. Allí conoce a Rafael Alberti, a Cipriano Rivas Cherif, a García Lorca, a Giménez Caballero, etc. Todos los escritores que entonces marcaban en Madrid las pautas de la vanguardia eran amigos de su hermano Claudio, y Josefina no tuvo ningún impedimento en acceder a ellos. Con Lorca se encontró el 28 de abril de 1927. Un poema escrito por la recién llegada, cándidamente lorquiano, dejó registrado ese encuentro:

CONOCIMIENTO DE FEDERICO GARCÍA
LORCA, EL 28 DE ABRIL DE 1927

Del cielo cae una lluvia
redonda de puñaladas.
Cien heridas en el lomo
de la tierra verde y blanda.
Clavel rojo como sangre
sobre la sien dilatada.
El andar ceñido y corto
sobre las heridas largas
que a su paso le florecen
de lirios y lilas blancas.
Ahí va con las seis amigas
vibrantes de su guitarra,
en la garganta ceñidos
los romances de Granada.
Gitano de la sonrisa
dulce, de azúcar quemada.

Josefina debió causar en aquel círculo festivo e inquieto una impresión fascinante: y no únicamente por su talento;

también por su extraordinaria belleza física. Alberti le dedicó un poema de espirales barrocas, repleto de alusiones sexuales —fingidas o verdaderas—:

A JOSEFINA DE LA TORRE

Herida, sobre un toro desmandado,
salta la noche que la mar cimbrea.
¿Por dónde tú, si ardiendo en la marea
va, vengador, mi can decapitado?

Rompe su frente en el acantilado
la aurora y por el viento marinea.
¿Por dónde tú, si el pabellón ondea,
de luto, al alba, el toro desanclado?

Se hacen las islas a la mar, abriendo
grietas de sangre al hombro de las olas,
por restarte a sus armas, muerta o viva.

¡Qué ajena tú, mi corazón cosiendo
al delantal de las riberas olas
con tu mastín al lado, pensativa.

soneto al que Josefina, siguiendo la correspondencia, contestó con otro menos perverso:

SONETO A RAFAEL ALBERTI, EN NUESTRA DESPEDIDA

En un claro soneto sobre el mar suspendido
donde tu gran deseo navega marinero,
con tu pluma has trazado un inmenso velero
que hace tiempo llevaba mi corazón prendido.

Con el afán de mares y de marinería
evocas la visión de las islas, viajeras.
Y en un supremo esfuerzo bordado de quimeras
las anclas en el verde cristal de Andalucía.

He pensado en tus playas, las de arena más suave.
Desplegaré mi anhelo en las ondas rizadas
para formar la vela que dirija la nave.

Y si un día a tu orilla llega mi gran navío
yo te prometo en nombre de las Afortunadas
nombrarte capitán del gran velero mío.

En Madrid Josefina continuó sus estudios de canto, ahora en la Academia Dahmen Chao, sin duda con propósito de dedicarse a él profesionalmente. Dio algunos recitales que fueron reseñados como acontecimientos gratos, no exentos de brillantez y originalidad. En uno de esos conciertos, el celebrado en el teatro María Guerrero en 1935, estuvo acompañada por Cipriano Rivas Cherif. El escritor aparecía en el programa como el «encargado de volver la hoja» [al pianista], aunque, como señala un comentarista en «El sol», «nadie se lo creyó». En efecto, Rivas Cherif —apunta ese mismo cronista—, «burla burlando, tuvo observaciones precisas y justas, con su dedada de evocaciones sentimentales, respecto a las cosas que en los últimos años del ochocientos se titularon de "fin de siglo"» (la velada se anunciaba como «Concierto de 1900»). Josefina cantó canciones de Tosti y Denza; fragmentos de óperas de Puccini y de Massenet; romanzas de zarzuelas de Barbieri, Caballero y Chapí. Quizá la parte del concierto que más sorprendió al público fue la de las habaneras de «lánguido ritmo» que Josefina cantó con «su talento, su fino humor, su gracia criolla, acompañándose ella misma a la guitarra» (S. en «El sol», Madrid, 22 de febrero de 1935). Otro recital memorable fue el que dio en la Residencia de Estudiantes, en 1936, durante el cual interpretó canciones de Saint-Saëns, Fauré, Debussy, Obradors, Esplá, etc. Josefina debió tener una voz, y un gusto, versátil.

Josefina de la Torre se instaló definitivamente en Madrid hacia 1935. De sus actividades desarrolladas cuando aún

vivía en Las Palmas cabe destacar la fundación, y animación constante, del «Teatro Mínimo», una especie de teatro doméstico, pero no casero, que la poeta se empeñó en levantar en su propia casa, y cuyas funciones, en las que ella actuaba invariablemente, eran casi siempre dirigidas por su hermano Claudio. Fray Lesco describe así aquel teatro: «En su casa de las Canteras, la familia de don Bernardo de la Torre y Comminges, ha improvisado un teatro, y le ha bautizado con el nombre de "Teatro Mínimo". Un patio más largo que ancho sirve de estancia a los espectadores. Al fondo, una ventana rasgada sirve de embocadura al minúsculo escenario, que es una de las habitaciones de la casa» («El liberal», 11 de octubre de 1929). Un trasplante insular de «El mirlo blanco» barojiano —donde se había representado alguna obra de Claudio—. Enrique Díez Canedo, en «El sol», de Madrid, lo calificó como «Máximo Teatro Mínimo».

Después de la guerra civil Josefina de la Torre continuó viviendo en Madrid. Presumiblemente a la sombra de su hermano Claudio se inicia en la actividad cinematográfica, interviniendo en muchas de las películas que aquél dirige. Interpreta, entre otras, *Misterio en la marisma*, *El camino del amor*, *Una herencia en París*, etc. Como cantante forma parte de la compañía de zarzuelas del maestro Sorozábal, y participa en el estreno de *Don Manolito*. Con la Orquesta Sinfónica de Madrid, dirigida por el maestro Benedito, interviene como solista en *El Mesías*, de Haendel (1946). Todas estas actividades las simultanea con sus interpretaciones teatrales, que poco a poco se van imponiendo como su actividad más destacada y continua. Formó parte de las compañías de Ismael Merlo, Nuria Espert, Vicente Parra, Amparo Soler Leal, etc. Con su marido, Ramón Corroto, también actor, tuvo compañía propia. Durante 1940 fue primera actriz del Teatro Nacional y en 1946 formó también compañía propia, teniendo como director artístico a su hermano Claudio de la Torre.

Josefina de la Torre parece haber adoptado para sí, reuniéndolos en una sola sustancia física, los diversos saberes y habilidades que distintos miembros de su familia han exhibido a través de varias generaciones. Escritora —en verso y prosa—; cantante, actriz —cine, teatro, radio, televisión—; ayudante de realización cinematográfica (se desempeñó como tal en *Primer amor*, película dirigida por Claudio de la Torre en 1941), etc. Si a ello añadimos que la autora se confesaba (en la «Poética» puesta al frente de sus versos en *Poesía española —1934—* de Gerardo Diego) amante de la velocidad, («me encanta conducir mi auto»), del deporte (natación, tenis), del baile, etc. puede aparecer ahí el retrato ideal de una típica mujer de vanguardia de los años veinte, tal como la concebían sobre el papel algunos escritores de la época, y tal como sólo en proyecto se atrevían entonces a concebirse a sí mismas algunas mujeres audaces.

Bien es cierto que esos múltiples oficios y saberes no los ha ejercitado con igual intensidad y continuidad. Pero todos ellos han formado parte durante un trayecto temporal más o menos largo de la personalidad de Josefina de la Torre, y marcado con signo, a veces de lectura divergente, su vida de escritora. Una personalidad síntesis de tradición y contemporaneidad, que suscitó en su día un interés grande, interés refrendado por los numerosos y cálidos comentarios que le fueron dedicados a la autora y a su trabajo.

Indudablemente Josefina de la Torre es escritora: sólo como tal la recordamos; su talento como actriz; su voz cálida y segura, según reconocen las crónicas que reseñaron sus conciertos; su decisión para formar esa orquesta «sólo de mujeres», etc. son hoy hechos que dan brillo y profundidad, y curiosidad, a una vida, pero que aparecen aquí como simple recuento de inventario. Sin embargo, su actividad como actriz y cantante ha sido en ciertas etapas de su vida más relevante que su dedicación a la escritura —y no es nada improbable que la propia protagonista concediera

más atención al conjunto de sus actuaciones que al de su obra literaria. Desde luego parece evidente que el tiempo dedicado a la escritura, por lo menos después de 1940, ha sido subsidiario del consagrado a sus otras actividades profesionales. Que fuera así por motivos de estricta supervivencia, o por otros de índole más subjetiva —sencillamente: la ausencia de ganas, o de estímulos, para escribir—, es algo que no podemos dilucidar ahora. Lo seguro es que a partir de la fecha aludida, Josefina desarrolla una amplia labor como actriz, y relega a ocasiones muy distantes entre sí la mostración de su oficio de poeta.

Curiosamente en la poesía de Josefina de la Torre no se observa ninguna influencia de su actividad como actriz. Parece razonable que un individuo que asume, aunque sea en el plano de la ficción dramática, personalidades diversas, con su correspondiente acarreo de experiencias y formas de expresión, transmita luego a su obra literaria algo de las emociones que ha revivido en la escena, convirtiendo su poesía, si no en un encuentro de máscaras, sí en la proyección de estados de ánimo objetivos, cambiantes, diferentes, que hagan plural la voz del poeta.

Nada de esto ha ocurrido en la poesía de Josefina de la Torre. Desde sus iniciales poemas, escritos cuando la autora contaba siete u ocho años de edad, hasta los últimos versos de *Medida del tiempo*, se advierte que en todos ellos habla una misma voz, y que es en el mismo tono con el que se cuentan las vivencias que, de manera real o anhelada, han atravesado su espíritu. Incluso en la expresión formal existe apenas cambio. El verso blanco, que a veces adopta un ritmo poco ortodoxo de canción, asonantado muy irregularmente, con alguna imaginería metafórica que acepta tíbiamente el lenguaje de la vanguardia a la que su autora pertenece —quizá de una forma un tanto tangencial, la de 1927— es el soporte técnico de su primer libro, y también el del último. (Véase como ejemplo quizá extremo de ese lenguaje «Mi falda de tres volantes», un grácil juego de recomposición cubista de la realidad según el «objeto» —la

autora, su falda, pasa frente a los escaparates sucesivos de una calle comercial).

De todas maneras, la fecha de la aparición de los libros de Josefina de la Torre contribuye también a la existencia de esta suerte de acumulación temporal indiferenciada. En los dos primeros (*Versos y estampas* —1927— y *Poemas de la isla* —1930—) son rigurosamente coetáneas las fechas de su creación y las de su publicación. El primero, impreso en septiembre de 1927, contiene algún poema temprano (de 1923), pero el conjunto fue elaborado entre 1925 y 1927. *Poemas de la isla*, impreso en Barcelona, en agosto de 1930, recopila el trabajo realizado entre 1927 y 1929, y posiblemente poemas de 1930. La cronología se complica para su tercer libro, *Marzo incompleto*. El libro, como tal, no apareció hasta 1968 (colección San Borondón, Las Palmas de Gran Canaria). Sin embargo, la revista «Fantasía» ya lo había adelantado íntegro en su número correspondiente al 19 de agosto de 1947; pero aún antes, en la revista «Azor» (1933), de Barcelona, y en la citada *Antología* (1934), de Gerardo Diego, se publicaron varios poemas que, con correcciones que afectan básicamente a su disposición gráfica (varios versos bisílabos o trisílabos se convierten en uno octosílabo) forman parte de *Marzo incompleto*. Mi creencia es que este libro posiblemente estaba ya escrito íntegramente con anterioridad a 1936. En una entrevista hecha a la autora por la periodista Lula de Lara, publicada en «La Crónica» en junio de 1934, aquélla manifiesta que tiene preparado «un nuevo tomo de poesías, que saldrá seguramente en el otoño», plan que reitera en la nota autobiográfica que aparece en *Poesía española*, de Diego. En cuanto a *Medida del tiempo*, inédito aún, debe de recoger versos escritos desde 1940 hasta 1982. Contiene algún poema publicado en revista durante la década de 1940.

La cronología ideal —y real verosímilmente— del núcleo de la obra de Josefina de la Torre, hace que la misma sea el resultado de una única tensión sostenida, incluso en el tiempo: ello explicaría la identidad igual de la voz. Como

excepción quedaría *Medida del tiempo*, libro escrito muy lenta y espaciadamente, cuando la autora, aunque situada en un medio en el cual supo y pudo desenvolverse sin inhibiciones, acusó también un cierto desamparo al sentirse lejos del grupo de sus amigos anteriores (el primer poema de *Medida del tiempo* alude a esa orfandad); aquellos que le formaron a su alrededor una atmósfera de cariño y halago que la impulsaba a escribir. *Medida del tiempo* es también un libro ligeramente anacrónico en algunas de sus partes: aunque en ciertos aspectos conforma el epílogo a la obra de Josefina, en otros podría ser su prólogo: la sección segunda está integrada por una serie de sonetos (la autora no había utilizado nunca el soneto en sus libros precedentes) que constituyen deliciosos «remarques» de sonetos modernistas: allí la nostalgia cabalga sobre el ritmo del alejandrino con su acarreo romántico y funeral de casas solariegas, sillas tapizadas de damasco isabelino, retratos de abuelos con lentes de oro, etc.: una música amarilla que se prolonga en los agudos finales de los tercetos. El libro contiene también poemas que obviamente la autora no podría haber escrito en 1927 —la elegía que dedica a su marido, muerto en 1980—; pero su tono particular, la voz dolorida, nostálgica y/o feliz que allí aparece no es distinta de la que preside sus libros anteriores. El hecho de que la autora no titule ninguno de sus poemas —los dispone en el libro siguiendo unas vagas secuencias temáticas (que se entrecruzan, por otra parte)— intensifica la sensación de continuidad que denota su obra completa.

No conozco ninguna reflexión de la autora sobre la escritura —la suya o la ajena—; sólo algunas frases (incluidas en la citada «Poética»: «está la poesía unida a tanto misterio, que, por desconocido, nunca me había parado a pensar lo que era. Sólo a sentir que es») que nos advierten que su trabajo poético es un trabajo de intuición, de adivinaciones, de repentizaciones, escasamente reflexivo al margen del sentimiento. Es una poesía directa, sobrevenida de la experiencia, quizá también de los sueños, y que alude a constantes

inmutables como el dolor, la muerte, el amor, la infancia, la melancolía; el tiempo, los amigos, la playa (los juegos en el mar y en la arena), el sol, y todo ello expresado de una forma inmediata, por sus nombres exactos y con un lenguaje sencillo, de resonancias infantiles cuya inocencia corre pareja con la eficacia estética que produce en el lector. *Marzo incompleto* introduce el tema de la esterilidad femenina, tema que se intensifica en *Medida del tiempo*. La autora —pues se trata de una carencia personal— la asume de una manera no dramática; quizá el hecho de apelar continuamente a su memoria, y el reconocerse allí casi siempre niña ella misma, indique la existencia en estos versos de un propósito de catarsis —cuya acción la libere del drama—.

Esta poesía tiene un carácter claramente ahistórico, en el sentido de que si bien algunas de sus claves temáticas sintonizan con las de la poesía de la época —alusiones al cine, al deporte, etc.— su lenguaje sigue una dirección divergente a la que llevaron otros poetas de su tiempo; mientras sus contemporáneos intentaban forzar los límites naturales de aquél queriendo extraerle matices inéditos de expresión, Josefina, sin renunciar a un uso discreto de la metáfora, se empeña en elaborar un lenguaje propio cuya característica más acusada es su funcionalidad elemental. En este campo se halla más cerca de ciertos poetas canarios, mayores que ella en edad, pero con los que convivió en su juventud, que de los jóvenes en cuya promoción se integra. La obra de Saulo Torón —con el que también comparte la simetría biográfica de ser autor de tres libros próximos entre sí en el tiempo, y de uno publicado muy posteriormente—, o el primer libro de Alonso Quesada, parecen estar más próximos a la poesía de Josefina que la de Salinas, Alberti, Cernuda, etc. La autora se inserta así en una tradición insular que propone un lenguaje específico para una situación concreta e intransferible: la vida en la isla (incluso la mayor parte de los poemas escritos por Josefina en su etapa de residencia en Madrid se refieren invariablemente

a la isla, a su paisaje y a sus vivencias en él) que debe ser expresada con un lenguaje propio, levemente distinto del de la tradición literaria peninsular. Un lenguaje periférico, que propone una visión del mundo también excéntrica; lo iniciaron entre nosotros, Quesada y Morales; Josefina de la Torre lo continúa, con un aliento personal de visión acaso más restringido, menos versátil e integrador, pero igualmente vinculante, y por lo tanto vinculado, al mundo de origen.

Ignoro si las notas precedentes han dejado clara mi creencia de que Josefina de la Torre acaso no haya escrito sino un solo (solo y largo) poema durante toda su vida, un poema que además gira sobre un tema único: ella, la isla. Eso era exactamente lo que me proponía decir, subrayando la triple fidelidad de la autora: al espacio, al lenguaje y a sí misma.

LÁZARO SANTANA

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Ya se ha sugerido cómo la poesía de Josefina de la Torre posee una unidad temática y estilística que unifica en uno solo sus diversos libros; unidad cuyo rasgo distintivo más visible es la isla. De ahí que nos haya parecido oportuno rotular la presente publicación con el título de uno de esos libros, *Poemas de la isla*, que define perfectamente el contenido y alcance de todos los demás. Así pues esta edición de *Poemas de la isla* incluye el libro homónimo, *Versos y estampas*, *Marzo incompleto* y *Medida del tiempo* (este último inédito). Con lo cual queda aquí recopilada la poesía completa de la autora, con la excepción de algunos poemas publicados en revistas y que no han pasado posteriormente a integrar ninguno de sus libros. Los textos se reproducen según aparecen en sus primeras ediciones en volumen.

AÑADIDO BIBLIOGRÁFICO

Además de los libros de versos reseñados, Josefina de la Torre es autora de dos novelas cortas, *Memorias de una estrella* y *En el umbral* (La novela del sábado, Ediciones Cid, Madrid, 1954).

VERSOS Y ESTAMPAS

*Para Claudio
este libro mío, suyo.*

PRÓLOGO

ISLA, PRELUDIO, POETISA

A JOSEFINA DE LA TORRE

*Oui, dans une île que l'air charge
De vue et non de visions.*

(Prose à des Esseintes)

Aquella isla estaba rodeada de agua por todas partes. Al ser una isla abstracta, una isla resumen, su fauna y su flora ofrecían tipos variadísimos, pero un ejemplar único de cada especie; de modo que vivir en su recinto resultaba tan completo, tan ordenado y tan insatisfactorio como habitar en una enumeración. Las gacelas eran una gacela, la gacela; el palmar una palma, la palmera; la humanidad, los hombres, una mujer, doncella de quince años. Todo en la isla hasta lo más vulgar, la col, la hormiga, el asno, tenía el aspecto de distinción y rareza de esos vocablos cuidadosamente señalados por las gramáticas que llevan muchos años en un idioma sin haber encontrado plural. Admirable mundo y exacto, sin repetición alguna, todo él ensayo y aspiración, probando constantemente formas y colores y sin darse nunca por satisfecho, de modo que por encima de él colgara siempre inminente y esperanzada la idea de una criatura perfecta, animal o vegetal, que alguna vez acabaría por salir de tanto diseño para ser entonces reproducida triunfalmente en series, en bosques, en tropesles, en bandadas,

con la alegría balbuciente del niño que repite ba, ba, ba, después de tanta articulación frustrada. Cada ser empezaba en sí mismo, en sí mismo acababa sin más gemela compañía que la duplicidad de otro mundo perfectamente igual de seres azulados, negruzcos, violetas, sutiles y delgados, sin voz ni cuerpo, que a las horas de sol y luna nacían de su costado, a su costado caminaban, cual la figuración del íntimo anhelo por un ser parejo. Sólo las existencias menudas y subordinadas, las hojas del árbol, las arenas de la playa, gozaban el don de la multiplicidad. Así cuando la doncella quería escapar al cansancio de tanta maravillosa unidad aislada tendíase en la ribera, junto al mar uno, total e innumerable, y entrando un momento su brazo en el agua, la miraba luego resbalar codo abajo, entera aún, chorrear, ya dividida, por los cinco afilados dedos, para ir luego cayendo gota a gota, una dos, tres cuatro, el mar contándose. Caricia mensurable en la piel, deliciosa certidumbre de la compañía alguna vez, idea del número.

Pasaban a lo lejos, flotando perezosamente por el mar cerúleo, masas lentas y multicolores, como crepúsculos de otoño. Navíos. Pero en vez de ir revestidos sus cascos de un color solo (blanco, color de barco rico y señorito que se pasea por las playas, yate —negro, trajinante sufrido sin tiempo de limpiarse, carbonero—, gris, pérfido y disimulado entre ola y ola, buque de guerra) éstos iban pintados en todos los tonos posibles a rayas, en manchas irregulares, en figuras geométricas, y paseaban sobre un fondo de cielo, neutra pared de museo hecha para su lucimiento, un soberbio repertorio cromático, un desfile de sala de venecianos vista por unos ojos un poco turbios y mareados. La alegría continuaba remontándose por la arboladura porque todo el cordaje era, asimismo, de variados matices y adelgazado por la distancia asemejábase a labor incipiente de niña encolegiada que sobre el cañamazo, un tanto desvaído, del horizonte prepara su regalo de pascuas con sedas de colores. Y aún no acababa allí, porque hasta el humo que salía de

las chimeneas era, merced a una combinación química, de colores cambiantes cada dos minutos, de suerte que los navíos poblaban el aire de grandes arcos iris falsos y sin pena, cadenetas más sutiles que las de papel, entrada jubilosa y efímera a unos vagos placeres de feria frecuentada únicamente por las tumultuosas gaviotas.

Barcos de poesía. Cargamentos de poesía exótica y olorosa, en bruto, recién extraída por un analfabeto proletariado de ébano en el continente meridional que descubriera la aviación y donde el componente básico es la poesía; que se arranca grave y terrosa piritita poética, en la galería de las grandes explotaciones mineras o se caza a flechazos, pluma, cuero, porteada por alas de menudas aves, por pezuñas de alimañas fugitivas. Todo se lo llevaban esos barcos colorinescos al viejo continente, donde en una manufactura novísima se había de transformar en poesía pura, exportable luego a las demás naciones de Europa y exenta por doquier, en virtud de su calidad preciosa y extra-humana de derechos aduaneros, gracias a la iniciativa de la Sociedad de Naciones; menos en un pequeño estado balcánico que aseguraba poseer un yacimiento de poesía autóctona y en una república del Báltico donde había sido socializada y convertida en arte para el pueblo en virtud de un decreto-ley. Y así pasaban por delante de la isla los barcos, y detrás unas cuantas sirenas que con disimulo rondaban las fabulosas expediciones arrastrando sin prestigio su viejo arte humillado y vencido, por aquella poesía nueva, inédita y palpitante.

En la noche sorda y sin luna el submarino afilaba y afilaba contra las olas repetidas su única intención, proa. A flor de agua; en la cubierta la abigarrada tripulación. Damiselas con traje de cola y diadema de cartón, jóvenes de pelo largo y lentes, enrollado y en la mano el poema premiado, vates oficiales de ideas sanas, poetas sin afectación, la verdadera poesía del pueblo. En el puente mandándolos a todos, porque todos le reconocían jerarquía, el capitán con su curioso uniforme verde oscuro, bor-

dados en las bocamangas y el cuello, bicornio, espadín, Academia francesa, recitaba enfáticamente la Canción del Pirata, fija la vista en el enemigo odiado, y allí a su alcance, el transporte de poesía nueva. Era el momento; una orden. El torpedo tocó el barco en la línea de flotación. Se hundió lentamente sin voz ni grito, sin conato de salvamento, sin heroicos sacrificios, sin poesía, nada. Pero del último momento del barco se escapó como del minuto final de una vida algo indeciso, volador y misterioso igual que un alma visible; invisible ya en los cielos de la noche.

Era un águila. El águila misma de la inspiración, cazada viva por vez primera en el continente poético, llevada cautiva, ejemplar único y sin precio camino de Europa. Y que ahora estaba sola, perdida en la noche entre alto cielo, hondo mar, apoyada en las alas anchas, mientras que en cien lugares del mundo la esperan con la ventana abierta y la pluma preparada, tantos y tantos, con el corazón anhelante, en vano. Sola en el mar, desconocido. Se le fingió en el deseo montaña. ¿Sería sierra eso allá abajo? Picachos abruptos, riscales, farallones, sí sierra era. El águila iba, como siempre, por encima de la sierra. Poderosa sierra de agua, orografía cambiante y magnífica, toda nevada de blanco, espuma, las cimas pasajeras. Sierra, agua, y allí, solo allí, nido y solo allí, tumba al final, cuando ya no pudiese más, para el águila. Pero el día vino en su ayuda; lanzó desesperadamente sobre los llanos del mar, una jauría de veloces albores, rosados y sutiles, cachorros vivaces de la luz. Y uno de ellos levantó para el águila, una caza, una forma tendida y descuidada en la ondulación marina. Se lanzó derecha el águila. Forma indecisa, tierra semidesnuda, a medio despertar de entre lo líquido y lo oscuro, isla. Trazaba el ave señera grandes círculos. No estuvo ya la isleta en el mar sereno del amanecer sino trasladada poseída segura, en el turbio ojo sanguinolento del águila. Iba descendiendo. Vio muchos árboles diferentes; y cobijada por uno de ellos la presa última e inesperada, dulce criatura sola,

dormida. Plegó las alas; se abatió inerte, fatal, inevitable, aguzando las garras —en el resto del mundo, hora de inspiración, hora de poesía, la esperaban en vano los poetas—, sobre la niña, sobre la isla rodeada de agua por todas partes.

PEDRO SALINAS

I

HOY la tarde era serena, con un sol de oro; y mañana igual, todo el verano y sus días. Y, ¿qué juego hacemos hoy? Se oían los nombres en distintas voces y corríamos llevando de la mano a todas las niñas para formar un corro muy grande. Comenzaba el juego, siempre, con una niña en el centro del corro. Y empezábamos a girar lentamente, con una ligera ondulación. Pasaba la rueda sobre el mar. Ahora azul, ahora rosa, ahora blanca, como un pequeño arco-iris. La voz delgada, infantil, se perdía entre las manos enlazadas. Y el mar y la tarde se tornaban rosas, sobre las cabezas y en los pies descalzos de todas las niñas.

1

SOBRE la superficie
del mar encandilado
de las seis de la tarde,
saltan algunos peces
que dejan sobre el agua,
al caer, una onda.

Así, a trechos, bordado
el mar por esta aguja
parece que sonríe:
sonrisas que se ensanchan
y cierran lentamente;
sonreír de la orilla,
encaje de la falda
azul y transparente.

II

ESTE perro negro y grande, ¡cuánto nos hizo sufrir! Nos lo encontrábamos, siempre, en nuestros juegos de escondite y en nuestras carreras por la arena. Llegaba corriendo, amenazador, con la lengua larga y roja entre los colmillos afilados. Nos dispersábamos dando gritos, buscando un refugio. El perro nos seguía. Una tarde, nos buscó inútilmente por la playa. Yo lo observaba desde la ventana. Me habían prohibido salir. En la playa no había nadie. El perro buscó largo rato y se echó a dormir, por último. Aquella tarde me hubiera sentado a su lado.

2

EL murmullo de la playa
entra a oscuras
por la ventana cerrada,
entre las maderas
verdes, apretadas.
Y se llena la estancia
de olor de arena húmeda,
de mar y de luna blanca.

III

DESPUÉS de cenar, nos paseábamos por la acera húmeda, salitrosa del aliento del mar, hasta la esquina. Yo le decía: «papá, ¿por qué no llamas al chiquillo?». Y papá gritaba: «¡chiquillo!». Y el eco repetía: «¡chi-qui-llo!». ¡Cómo gozaba yo entonces! y gritaba: «ven», y el eco, «ven»; yo después, «bobo», y se oía, «bo-bo». Entonces me reía nerviosa, algo asustada, y, lejos, «el chiquillo» se reía también.

Yo lo imaginaba moreno por el sol, medio desnudo, escondido detrás de las maderas de alguno de aquellos portales marineros que exhalaban a la media tarde el olor recogido de la pesca. Dos o tres veces he llegado esta noche hasta la esquina en el ir y venir del paseo. Tengo un deseo de gritar: «¡Chiquillo, ven, bobo!». Pero tengo miedo de matarlo.

3

QUÉ desconsuelo tener
el corazón tan incierto
sin saber —mi ciegucecito—
por dónde andas tan ciego.

Qué desconsuelo escuchar
el corazón a destiempo:
unas veces tan deprisa
y otras, a veces, tan lento.
Yo no quisiera tener
el corazón tan incierto,
pues se me hace pequeñito
y se esconde muy adentro
como un reloj que no anda
y ándame loco en el pecho.

IV

ESTA caja de cartón llena de figurines recortados, al encontrarla hoy de nuevo, y al abrirla, me ha llenado el alma de recuerdos. Dentro, unas sobre otras, en mezcla de tonos desteñidos, he vuelto a ver a todas mis amigas: mis señoritas de papel. Todas tenían su historia de amor: un amor blanco, de papel, como la nube sobre la azotea. Allí, arriba, el cuarto pequeño con la puerta abierta frente al limonero de la casa vecina y el risco poblado de casitas de colores y gritos lejanos. Aquí, mis historias. Cierro la caja de cartón. ¡Adiós mis amigas!

4

EL sol en la playa tiene
juegos de niño pequeño
con el mar y las sombrillas.
Juego incierto y un correr
de prisa
de una a la otra
esquina.

Y una nube que pasa, blanca,
para dar sombra a la playa
dormida
y apagar el azul y el rojo
de las caras
bajo la cretona de la sombrilla.

V

DESDE la esquina bajábamos al muro, corriendo, y saltábamos ligeras, unas tras otras, volviendo a subir y a saltar. Una voz, de vez en cuando, gritaba: ¡cuidado; se van a hacer daño! Pero no hacíamos caso. Al saltar nos gustaba mucho ver flotar en el aire los encajes y los vuelos de los delantales como alas de mariposa. Una tarde, al saltar, una de las pequeñas se hizo daño en un pie. Al ver la sangre en la sandalia blanca nos unimos todas temblorosas. La pequeña se asustó y comenzó a llorar. Desde aquel día nos prohibieron ese juego, y pasábamos ante el muro deprisa para no caer en la tentación.

Esta tarde contemplo el muro pequeño, donde saltaron tantas veces mis siete años de tira bordada. Y siento un hondo desconsuelo de no poder saltar ahora, y mi pensamiento está saltando por el muro.

EL viento trae todo el rumor
por el camino arriba.
Tú subes con el viento
dentro de mí,
en mi ensueño,
lejos y cerca,
distinto y el mismo.
Yo te espero
esta tarde
—claridad dormida—,
y el viento trae
todo el rumor,
el mismo y distinto.

VI

AQUEL día estaba yo en la acera, bajo la ventana, y la muchacha asomada en ella. Luego llegó él y me acarició la cara. Las niñas hacían unos hoyos grandes en la playa, y venía el mar y se los llenaba de agua y piedrecitas. Una nube grande se puso sobre la playa. Ella y él hablaban muy bajo. Yo, de cuando en cuando, levantaba los ojos y les miraba en silencio. Después hablaron un poco más alto. En la playa hicieron una montaña alta, y saltaron los niños. Luego la rompieron gritando. Los dos se callaron. Yo cogí un palito y me puse a hacer letras en la acera. Luego él dijo algo y ella bajó los ojos. Luego hubo un largo silencio. Él se llevó la mano a la frente, distraído, y se fue. Ella cerró la ventana. Entonces yo bajé a la orilla del mar a buscar vidrios de colores.

6

AGUA clara del estanque.
Era un espejo del chopo
y alfombra verde del cielo
con reflejos de los árboles.
¡Oh, si yo hubiera podido
entrar con los pies descalzos
y ser el viento en el agua
y hacer agitar el chopo!

VII

COMO era al amanecer, me dejaron acostada y fueron todos a recibirles. Llegaban los padres y la hermana después de aquel viaje tan largo. Y yo iba a ver a «mamá», a «papá»... Yo no los recordaba. Toda mi fantasía vagaba oscura en derredor y no podía dormir. Se oyó primero el rodar de un coche. Luego unas voces que se acercaban y el patio se llenó de besos. Y ahora, en la escalera, un tintineo de cascabeles. Y la cabeza se me desvaneció. ¡Qué alegre era la llegada! Se abrió la puerta de mi cuarto y entraron dos señoras con los brazos abiertos. Sentí que me besaban, me abrazaban, y estuve unos momentos ahogada entre pieles húmedas y en el perfume cálido de las mejillas y los labios. Y luego, otros ojos de un señor que me miraba, brillándole uno detrás de un cristal, y una mano que me acariciaba la cabeza. Y como alguien dijo que yo sabía leer todos salieron apresurados en busca de un periódico. Y yo leí: FESTIVIDAD DEL DÍA.

7

LA noche trajo a la luna
sobre la playa y el mar,
y las rocas se adornaron
con su brillo, humedecidas.

Yo le contaba a mi niño
—no se quería dormir—
que la luna era una reina
de jazmín
que salía por las noches
con su regador de plata
para regar su jardín.

¡El mar, el mar, y mi niño
que no se quería dormir!

VIII

HAY un loco en la playa. Es un niño, un muchacho pequeño. Nosotros le llamamos «el loco». Este niño era el terror de los que jugábamos a la orilla del mar. Nos tiraba piedrecitas desde lejos y gritaba con una voz extraordinaria. A nosotros nos daba mucho miedo. Algunos días no le veíamos en toda la mañana, pero, por la tarde, cuando no había ni sol ni mar, aparecían por entre unos mariscos en montaña los ojos brillantes y la cara moderna del muchacho. Entonces, todos los pequeños nos escondíamos en casa y no volvíamos a salir.

He visto al «loco» hace unas tardes. Me ha reconocido con sus ojos grandes de llama encendida. Estuvo sentado largo rato en la playa, escarbando la arena donde llegaba el mar de vez en cuando.

INTERMEDIO

ROMANCE DEL BUEN GUIAR

ES una noche sin luna
con un cielo azul de mar.
El viento azota la hierba
y una voz se oye cantar.
Por la senda que le guía,
envuelto en la oscuridad,
un hombre, canta que canta,
se dirige a la ciudad.
Como va alegre y cantando
no ha podido reparar
que va por otro camino
que no es su camino ya.
Lleva el sombrero en la mano,
la capa suelta, el andar

ligero y despreocupado,
y alegría en el mirar.
Pero al descansar más tarde
de su largo caminar
y mirar por el camino
que le lleva a la ciudad,
se da cuenta de que, ciego,
con su alegría, el cantar
y algún vago pensamiento,
se ha perdido en el lugar.
Con una sombra en los ojos
que es una angustia al brillar,
se ha sentado en el sendero
y así se ha puesto a pensar:
«¿Qué haré yo, pobre extranjero,
solo, en extraño lugar,
en el camino, perdido,
camino que no he de hallar?»
Y alzando, tristes, los ojos
se estremeció al observar
que todo en torno a su cuerpo
era sombra y soledad.
Apoyó, ardiente, en la mano
la frente, para olvidar,
y así se hubiera dormido
hasta ver el sol brillar,
si otra mano sobre el hombro
no le llega a despertar.
Alzó la frente ardorosa,
huella de tanto pensar,
y una mujer vio a su lado
en actitud de esperar.
«¿Qué me quieres?, preguntole.
Dijo ella con suavidad:
«Dame la mano de nuevo,
de nuevo comienza a andar».
«¿Pues quién eres?» «Soy... no importa;
una mujer, nada más.

Vengo a llevarte al camino
que has perdido en el lugar».
Levantose sorprendido
el viajero y, en verdad,
cansancio ya no sentía,
admirado al contemplar
a la mujer, que sonreía,
llamándole sin vacilar.



Era ya la madrugada,
la primera claridad,
y los dos seguían andando,
y ella con mucha bondad:
«Mi buen señor, dijo así,
cansado estáis de este andar.
Descansemos un momento
para luego reanudar
con nuevos bríos la senda
que pronto ha de terminar».
Sentáronse en el camino
y ella con dulce mirar
le contemplaba, y el mozo
aún persistía en callar.
Maldecía con el alma
la noche en aquel lugar
donde encontró compañera,
causa de su hondo pesar.
«¡Oh, Dios mío! —lamentaba—
¿Para qué quiero llegar
si aunque encuentre mi camino
perderé tranquilidad?»
Así pensaba el viajero
sin dejarla de mirar,
sin comprender la sonrisa
de sus labios al hablar.
Reanudaron el camino;

él, con ansias de llorar;
ella, guiándole siempre
con suave y gracioso andar.
Lejos, envuelta de bruma
que se comienza a aclarar,
allá al final del camino
aparece la ciudad.
Paró la mujer su paso,
paró el mozo el triste andar,
y observaron en silencio
el arribo de su afán.
«¿Quién eres?», repitió el mozo.
Mas, ella alejábase ya.
«Soy... no importa. Si algún día
te vuelves a lamentar
del camino que perdiste
con la pena de tu afán,
fíjate bien en mi rostro:
me volverás a encontrar».

SOBRE la plaza brillante
de lluvia
vierte la sombra de sus hojas
un árbol
que a la luna recoge
en sus hojas
y cuelga gracioso
en sus ramas.
(La plaza oscurecida alrededor
de la hoguera romántica).



Los cristales de mi ventana lloran
lágrimas y lágrimas...
Yo, que contemplo la noche,
también lloro, infinitas, mis lágrimas.
(Pero al dejar la noche he sonreído:
«es la lluvia», le he dicho a mi alma).

IX

SE sentaba cerca de nosotros y nos miraba con sus ojillos grises, desconsolados. Hacía tiempo que lo notábamos, pero ninguna le hacíamos caso. Aquella tarde construyó cerca de nosotros, casi a nuestro lado, una linda casa de arena, más linda que las nuestras, y todas la mirábamos con recelo. Y de pronto, un pie decidido la echó abajo. Nos miró desconsoladamente. Entonces la acariciamos. Ella alzó los ojos, como cenizas mojadas, sonriendo. Vino ya todas las tardes y se sentaba cerca de nosotras. Al principio, llevaba un traje desteñido y sucio, mal peinada y descalza. Pero una tarde vino con sus alpargatas y el traje lavado, y se acercó más y nos cogió las manos. Aquel día se había peinado en dos trenzas y estuvo toda la tarde silenciosa. Cuando se fue me dijo, como una explicación: ¡Me gustan tanto los lazos en la trenza! Y al día siguiente le llevé uno de regalo, dentro de una caja. Cuando nos despedimos, al fin del verano, usaba medias y zapatos negros. Hoy ya es una mujer. La he visto anoche sentada en un banco de piedra del muelle, en silencio, y toda la ceniza de sus ojos brillaba encendida.

EL hilo de agua, rizado,
sube y se abre en lo alto;
luego se pierde en el agua
temblorosa con su fondo
de sol, tembloroso y blanco.
El pecho se alza. Un suspiro
todo luz se va en el aire.
Vivo, el ciprés se ilumina
entre los rosales blancos.

X

CUANDO el carnaval se acercaba, todos vivíamos en un continuo repasar los días: uno, dos, tres, cuatro, hasta el día señalado. Nos hablábamos en silencio, misteriosamente. Ya en la víspera, nos mirábamos temblorosos, deseando gritar, dar saltos, pero recogidos en el deseo. Nos acostaban muy temprano, después de preparar el disfraz sobre una silla, y nos dormíamos muy tarde, con un sueño agitado, lleno de saltos de carnaval. Y a la mañana, después de vestirnos con nuestros disfraces, bajábamos al patio húmedo de la noche y empezábamos a llamar con unas voces delgadas, embrujadas. Venía la abuela fingiendo un asombro asustado en sus ojos y nos decía: «Pasen, pasan, mascaritas»; y pasábamos todos muy serios. Y mamá llegaba y se asustaba mucho también. Y como nos daba mucha pena —un miedo de uno mismo, interiormente— tirábamos el antifaz y le decíamos: «¡Si soy yo!». Y toda la mañana se colgaba de sorpresas.

MIS dolores se escondían
en el fondo de mi alma.
Eran tantos, tan pequeños,
que casi no me molestaban.

Los guardaba con amor
en el fondo de mi alma.

XI

ERA un viejecito. Venía todos los sábados a recoger su limosna y se sentaba al final de la escalera. Nosotros, desde por la mañana, pedíamos para él su peseta, y toda la tarde le esperábamos queriéndole reconocer en cada llamada. Nos traía siempre estampas. Revolvía no sabíamos dónde, en todos los rincones; buscaba, buscaba y nos traía estampas. Llegaban a nuestras manos casi rotas, pero nosotros las cogíamos y las guardábamos en una cajita. Nos daba siempre un beso en la mano con sus labios temblorosos de viejo, arrodillado en el suelo, con los brazos cruzados ante toda la luz que entraba por la puerta, como un Cristo en un marco de plata, y luego se iba apoyado en un palo, un palo torcido que le torcía el andar. Antonio, le llamábamos. Un día se le llamó en broma, ¡Antonio!, y él volvió los ojos bañados de sombras para contestarnos. Y todos reímos comentando el caso. ¡Pues era curioso!

Aquel sábado le esperábamos y vino la noche sin que llegara el viejo. Y cuando nos dormían, alguien dijo: «Hoy no ha venido Antonio». Y se inició una risa, y una explicación acerca del nombre, que murió apagada en una voz soñolienta. Y Antonio no volvió más. Nunca. Luego oímos hablar de un asilo, de los pobres que piden limosna. No comprendimos nada.

REZABA la lluvia
su oración del alba:
iba desgranando
las cuentas menudas
del blanco rosario.
Yo las recogía
dentro de mis manos,
y también rezaba
junto con la lluvia
mi oración del alba.

XII

AQUELLA mañana blanca, ¡cómo la recuerdo! Nos habíamos levantado un poco más tarde que otros días, después de haber estado unos momentos con el sopor del último sueño, percibiendo de cuando en cuando, al abrirse los ojos, los barrotes de las camitas que parecían jaulas de hierro. Nos pusieron unos delantales largos, anchos, que se nos escurrían por todo el cuerpo, y nos empujaron al patio. El patio estaba frío, brillante de las primeras horas de la mañana y verde de enredaderas. A un tiempo todos hicimos la misma pregunta: «Y la niña, ¿cómo está?». Nadie respondió. En el comedor nos esperaban las tazas humeantes del café con leche, y el pan y la manteca. La mano que nos guiaba estaba muy pálida. Alguien dijo, de pronto: «Los niños, que los lleven arriba». Y subimos todos, despacio, en silencio. ¡Qué larga, qué penosa nos pareció la escalera! Y no tuvieron que darnos la noticia. Cuando entramos en la alcoba ya llevábamos el corazón lleno de flores, y los ojos llorosos. Sobre la cama ancha, blanca de rosas, había una caja de muñecas también blanca. Y luego se la llevaron. Desde la baranda del corredor la vimos cruzar por el patio, bajo la enredadera, a través de las lágrimas. Y ya no la vimos más. Quedó temblando entre las flores, en el aire, la sombra blanca de la caja toda la mañana.



Y otra mañana estábamos en el muro de piedra y nos llegó en el aire el eco de una queja, y todos nos miramos en silencio, temblorosos. Pero llegó la hermana y nos dijo: «Es que se arrullan las palomas blancas», y todos quedamos consternados, mirándolas ahora revolotear en la azotea. Y un día, cuando jugábamos gritando en el cuarto grande, nos hicieron salir uno a uno, y nos separaron silenciosamente. A la noche aquella nos dijeron: «Sabes, la abuelita se ha muerto». Y toda la casa se llenó de gente. Y a la mañana nos despertó la queja lejana de las palomas blancas, y todos se levantaron aturdidos, presurosos.

12

NO te acerques al estanque:
antes me he mirado en él
y vi su fondo a través
de mi sombra. No te acerques
al estanque:
tendrás el pecho hondo y frío
y tembloroso del agua.

XIII

COMO así lo habían mandado los padres de Inglaterra, así se lo pusieron. Era un día de paseo, y para que el niño fuese guapo le pusieron el abrigo. Los demás le mirábamos engalanarse, abrigados en los nuestros de confección isleña. Cuando se lo hubo puesto, le observaron unos instantes en silencio. El niño dio unas vueltas en el cuarto, tropezando, con el abrigo colgado de los hombros. Se hizo una observación en voz baja: «¿No lo encuentras demasiado largo?». Y otra: «Debe de ser moda». Y salimos de paseo. Paseamos mucho y la gente nos miraba, nos miraba y sonreía: una sonrisa larga, muy larga, como el abrigo. Cuando regresamos a casa el niño preguntó: «¿Por qué me miraban tanto?». Y la tía le dijo: «Porque llevas un abrigo de Londres, porque es muy elegante». Y se acostó con aquella ilusión. ¡Cuando se enteraron los padres! Aún hoy, recordando esta anécdota, nos sonreímos todos. El niño es ya un hombre que se ríe a carcajadas, mientras la tía le acaricia la cabeza con una pena que se esconde entre los pliegues de aquel abrigo.

SOBRE el mar, bajo el cielo, blancas, densas,
 vienen todas las velas desplegadas
 en el aire, dorado y transparente.
 Y en la proa, delgada como brisa,
 la corona de espuma alborotada
 es adorno rizado de su frente.

En la playa, de oros soleada,
 las mujeres esperan a las barcas
 con los ojos al mar, intensamente.
 Y en el ramo de velas olorosas
 —brisa de mar, aroma de mariscos—
 hay un anhelo cálido y creciente.

¡Cuánto diera por ver llegar un día
 la barca con la blanca vela al viento
 con rumbo hacia la orilla, desrizada;
 y en pie en la proa —tijera de los mares—
 a ti, todos mis sueños, presentido
 con el azul del mar en la mirada!

XIV

¡CUÁNTO le hemos temido también! No salíamos solos, en la casa de campo, hasta la muralla, por miedo a encontrarlo. Primero se oía de lejos, muy lejos, el zumbido ronco de sus alaridos. Toda la montaña temblaba, redonda del eco de su voz, y los árboles sacudían las hojas secas. Es mudo este viejo. Aquel llorar de su garganta seca, y el chasquido de la lengua contra el paladar, nos aterrorizaba. Llegaba corriendo por el camino alto, saltándole el buche de la camisa repleta de pan, pan duro y pan blando, y daba unos gritos para anunciar su llegada. Salían los criados y nosotros detrás, escondiéndonos. Le decían: «Baila, baila un poco». Él daba unos saltos grotescos, deshechos en jirones de tela y en el chocar del pan dentro de la camisa. Luego le daban un cigarro, diez céntimos, y aullaba, gritaba de nuevo y huía saltando por entre las matas. A la noche dormía abajo, junto a la bodega, y a la madrugada salía a los campos oliéndole el traje a uva madura.

MI camino tiene una luz,
—hay un pajarito cantando en un pino—.
Voy caminando hacia la luz,
—hay una ranita cantando en la acequia—.
Me acerco y se agranda la luz,
—hay una chiquilla cantando en la fuente—.
¿Adónde me lleva esta luz?
—Hay un lucerito cantando en la noche—.
¡Me prende en su fuego la luz!
—Hay una voz nueva cantando a mi oído—.

XV

ES mi recuerdo más turbio, el que más me cuesta aclarar. No puedo recordar bien cómo era Rosa. ¿Alta, baja? Una niña de unos siete o nueve años, sucia y despeinada. Surgía del café entre el humo rosado de nuestros cantos, cuando hacíamos el corro en la plaza de San Bernardo. Su aparición nos recordaba al Simón Cirineo. Andaba sobre el lado derecho, con una suave curva en el izquierdo, llevando un pequeño, tan sucio como ella, jinete en su cadera flexible. Cuando cantábamos la canción de «el vestidito», lo dejaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared desteñida del café, en éxtasis de admiración, y se ponía también a cantar, sin ton ni son. ¿Por qué cuando decía «cortito de adelante, larguito de atrás» su voz se llenaba de más vibraciones? Su voz era segura como el pregón de un heraldo y la envolvía toda, toda, y la dejaba más sucia y más descosida. ¡Ya está ahí Rosa la del Café! ¡Oh, recuerdo empañado, luz débil de mis años, empequeñecida por otra luz más fuerte! ¿Dónde está Rosa? ¿Qué ha sido de Rosa y de su cruz de carne? Cuando pienso que acaso la conozco, que acaso la he visto pasar alguna vez, siento deseos de salir a la calle, y de murmurar a todas las muchachas risueñas que pasan por mi lado: ¡Rosa la del Café!

TODA mi ilusión la he puesto
en la espera de una mañana.
¿Cómo vendrás? ¿Adornado
de blanca flor de retama
o de flor de pensamiento
que de luto se engalana?
¿Vendrás con rojas miradas
o con pálidas miradas?
¿Tendrás voz, tendrás sonrisa,
o no me guardarás nada?
¡Mañana, horizonte en niebla,
fiel timón de mi fragata:
hace tiempo que me llegas
con las velas desplegadas!

XVI

LA última noche del año, después de comer, todos salían y nos quedábamos las dos solas con la antigua sirvienta. (Antes de marcharse nos dejaban, para entrar el año, unos refrescos y unos dulces). Y les veíamos salir al baile muy contentos, en espera del Año Nuevo. Nos sentábamos alrededor de la mesa. La vieja trabajando su encaje —maravilla de hojas y flores entre las manos—, y nosotras hablando y riendo. ¡Qué valientes nos encontrábamos al ver pasar las horas en el reloj. ¡Cerca ya de las doce, el encaje se mustiaba entre las manos y la charla y las risas se envolvían en una niebla espesa de sueño. Se llenaban los vasos poco a poco, en un medio silencio, y se esperaba ya con impaciencia la campanada del reloj! ¡Tan, tan, tan! Había un murmullo de alegría despertada; un bostezo interrumpido. Luego el sueño indomable que nos arrastraba a las alcobas. Y quedaban los vasos sobre la mesa, apenas empezados. Luego los pasos cansados de la vieja y su voz de niña que decía: «Hasta mañana». Y todo tenía el sopor de un sueño viejo.

MIS pies descalzos, de plata.
 La orilla muerta del mar
 en la playa,
 sobre el sudario de arena
 mojada.
 La noche viuda, enlutada,
 se cubre toda de lágrimas.
 La luna, mis pies descalzos
 de plata, dentro del agua.

y 17

DE nuevo ante la ventana
 sola con el horizonte.
 La tarde vuelve y se va,
 aeronave de su ensueño.
 Todo va de cerca a lejos.
 Nada se sienta a su lado.
 El mar hace lentejuelas
 en su panderó amarillo.
 Nada se quedó olvidado:
 ni un pañolito de seda.
 Nadie se quedó con nada:
 todo volvió entre las olas.
 Y aquel anhelo gracioso
 que la llevó entre sonrisas
 le pone sobre la cara
 nuevo antifaz soñoliento.

El empañado recuerdo
se asoma por los cristales
como viajero que pide
la limosna de la noche.
Y los ojos lo recogen
en su espejito pequeño
y juegan a luz y sombra
de las manos a la playa.

POEMAS DE LA ISLA

*A mi madre, aquí;
a mi padre, allá cerca.*

SI ha de ser, quiero que sea
de pronto. Cuando yo piense
en horizontes dormidos
y en el mar sobre la playa.
Si ha de ser, que me sorprenda
en mis mejores recuerdos
para hacer de su presencia
un solo signo en el aire.
Dormida no, ni despierta:
si ha de ser, quiero que sea.

YO no quisiera pensarlo,
pero lo llevo prendido
del alto mar de mi frente:
telón de cinematógrafo
para mi anhelo perdido.
Yo no quisiera pensarlo.
Reflejo de toda luz
y eco de toda palabra,
dibujo del pensamiento:
yo no quisiera pensarlo.

DÉJAME que te lo diga
si el día ha de ser tan corto
y este vaivén de mi anhelo
se apagará en la mañana.
Déjame que te lo diga
muchas veces desiguales
lentas y deshenebradas
o ligeras de sorpresas.
Te lo voy a decir todo,
aunque después se desprenda
aquel amor presumido
y se me duerma en los ojos.
Te lo voy a decir todo.
Ni las olas, ni los barcos,
ni la estrellita perdida,
ni el aire que riza el viento.
Mi palabra nada más.

LAS horas son iguales
que aquéllas de mi ausencia:
lentas, precisas, mudas,
en orden de asiladas.
En estas mismas horas
tu presencia dejaba
un tranquilo descanso
sobre mi fantasía.
Las agujas atienden
el mandato del péndulo
y hacen su telaraña
de números romanos.
Tu presencia lejana
deja sobre mi frente
la mano que despierta
mi sueño, poco a poco.

SOBRE mis manos tu nombre
como cuentas de rosario.
La plegaria que mi boca
dirá fervorosamente.
Señor, perdona mi falta.
Mi corazón te la ofrece
por esta reja de hierro
como regalo de Pascua.
Mi falta que sabe a dulce
y tiene olor de retama.
Mira qué pequeña es
que no se me ve en los ojos
ni en el pelo, ni en la frente.
Pero este rosario mío
de las letras de tu nombre
¡cómo me gusta rezarlo!

ALTA ventanas abiertas
dejaron sombras de luces
disparadas en la arena.
El camino estaba quieto,
muerto del blanco preciso
con doce heridas de invierno.
En las ramas de los pinos
el pensamiento giraba
las brisas de los olivos.
Una vez cerca. El espacio
vacío, libre, perdido
a lo largo de los brazos.
Y qué lejos el momento,
cuatro paredes baratas
imágenes del espejo.
Ni tú ni yo. Las ventanas
altas, abiertas, desnudas,
suicidas de madrugada.

AHORA que me sorprendes
de cerca, conocido,
cuando te vea múltiple
complicado y distinto,
con cada gesto único
desordenado y rítmico,
¡qué sensaciones nuevas
de sorpresas y olvidos
surgirán en el recto
espacio del instinto!
Ahora que te conozco
mil veces repetido,
inmóvil, inconsciente
en el seguro círculo,
cuando te vea múltiple
de tu compás preciso,
¡ay el aire, mis ojos,
mi corazón perdido,
relojito de plata,
tictac de lo imprevisto!

NO quiero mirar la orilla,
no quiero mirar el mar,
que me voy quedando sola
con las dos manos vacías.
Amigo, con tu pañuelo
has despertado mi olvido
y te llevas en sus bordes
la flor blanca de mis sienes.
No quiero mi traje azul,
ni mi delantal de encajes,
que ya me han dejado sola
con los pies dentro del agua.

Amigo, con tu recuerdo
se riza el aire del mar:
estela sobre las olas,
peregrino pensamiento.

¡CÓMO temblaban mis labios
al despertarme mi sueño!
¡Qué parado mi deseo!
Mi pensamiento, qué libre
por los caminos del viento.
Cuando cerraba los ojos,
el día los iba abriendo;
yo recogiendo mi imagen,
él desdoblando su anhelo.
¡Cómo temblaban mis labios
a la sombra de mi sueño!

YO te busqué la palabra
con una mirada sola
y tú me la diste intacta
por el círculo de luz.
Se quedó en el aire inmóvil
el hueco azul de tu voz
y dentro de mí, cantando
la antena por los oídos.
No dijiste más. Y entonces
yo quise sentir de nuevo
tu palabra desprendida
ir y venir por el aire.

Pero ya era tarde. Tú
indiferente a las horas,
ya no tenías el mismo
compás de las confidencias.
Y me quedó entre las sienes
presencia limpia y segura
de oculta palabra cierta.

TE dije aquella palabra
porque la sentí de pronto
inesperada,
y la cogí en los labios
intacta.
Tuve un momento la duda
de tu mirada.
Pero aquella palabra,
¡qué caprichoso juego
de tenaces instantes
me dejaba!
Estaba aquí, segura
entre dientes,
clara,
libre de la garganta.
Tú te quedaste absorto
contemplándola.

YO no sé por cuál vereda
he de encontrarme tu sombra
ni dónde hallaré la huella
de tu andar desconocido.
Y voy con los ojos bajos
contando las piedrecitas,
y sujetando en prisiones
de párpados y latidos

todos los grises contornos
que el sol dibuja en el suelo
y todas las curvas blancas
que el aire forma en la tierra.
Yo no sé por qué camino
ni cuál será la vereda.

COMO el viento, tu recuerdo
viene y va sobre mi frente.
Tan pronto quieto y dormido
como despierto y seguro.
Ya me acaricia en los ojos
como me hiere en las sienes.
Ya se me para en los labios
o me tiembla en las palabras.

Tu recuerdo, como el viento
que si se esconde ya vuelve.
¡Airecito de mis ojos
que me riza el pensamiento!

ESTE juego conocido,
cuatro paredes a oscuras,
espacios desorientados,
inseguridad del aire
por distancias ignoradas,
proximidad inconcreta
—¿por dónde vino la noche?—
Y se confunde la imagen,
tacto, forma, complicado
adivinar de lo oculto.
Este juego conocido
sin el principio ni el fin,
mirada abierta en la sombra,
—y la luz, ¿por dónde está?—

ASÍ, las manos dobladas
sobre el delantal bordado,
los ojos sin horizontes
y el corazón desatado,
me iré quedando dormida
en la noche de verano.
Ni el más ligero desvelo
doblará el encaje blanco.
Sólo el corazón perdido
por el camino más largo.
En el silencio, la sombra
aviva el lirio exaltado.
Sólo el corazón perdido
su voz de plata cantando.
Toda la noche en la falda
quietas, dobladas, las manos.
Sin horizontes, los ojos
el sueño los fue cerrando.
Pero el corazón, inútil,
como un reloj, desvelado.

QUÉ repetido deseo,
todo igual y siempre el mismo,
distinto y otro, inconsciente,
confundido y tan preciso,
se me va quedando dentro
escondido y dueño solo,
perdido y presente siempre.
Altas noches, muros largos,
patios de la madrugada.
Y mi deseo rodando,
—número de circo— libre.
Una y otra vez, alerta
dando la voz en mis sienes,

centinela de mi pecho,
fiel compañero constante.
Qué repetido deseo
tan inseguro y tan firme,
ignorada certidumbre.
Distancia, viento y espacio.

QUE todas las noches fueran
así, dentro de mis ojos,
repetidos e incontables
sueños para la alegría.
Soñar, y luego despierta
libre y ligera en el aire,
claridades del recuerdo
interrogación segura.
Que yo pudiera pensar
—sueño, sombras, almohada,—
cada noche incomparable
mi bordada fantasía.
Frentecita de la aurora
sienes de la madrugada.
¡Qué sopor de bienvenida
en mi anhelo sobre el mar!

MI voz se enredó en el vuelo
de tu sonrisa morena
y perdí aquella palabra
que iba a decir, en los labios.
La busqué sobre los ojos,
entre las manos dobladas,
en el encaje bordado
de mi traje azul y blanco.

La hora pasó entre los sables
diestros, de los minutereros,
sin la más ligera herida
en su costado flexible.
Cuando tu presencia —forma—
dejó vacío el momento,
encontré aquella palabra
entre los labios, dormida.

TU nombre ya me lo han dicho
pero yo no te conozco,
ni te vi nunca la cara
ni sé el color de tus ojos.
Pero tu nombre ¡qué claro
lo voy diciendo en el fondo,
con sus siete letras firmes
de tres sílabas, sonoro!
Enamorada ya estoy
aunque yo no te conozco,
ni te vi nunca la cara,
ni sé el color de tus ojos.

Tu nombre ya me lo han dicho
con siete letras en corro.

MAR redondo, desvelado,
sortija blanca,
novio enamorado.
Desde el balcón,
por la orilla, rizando
va mi canción.
Mar de siete colores,

curva salada,
cinturón de novia enamorada.
En mi ventana
se ha prendido el encaje
de la mañana.
Mar abierto, encandilado,
verde collar,
novio enamorado.
Desde el balcón,
por la orilla, rodando
mi corazón.

CAMINITO azul,
caminito del mar.
¡Ay, cómo mece la cintura
al andar!
Salero de tu cuerpecito,
pie pequeñito.
Delantal
de los picos de encaje,
espuma blanca
del mar.
¡Ay cunita del agua
qué bien te mece
caderas
de sal!

¡RÓMPETE por el aire,
rueda de cristal!
Que me lluevan en los ojos
luces y luces,
arco iris
de sal.

Hielo del sol,
azúcar de la mar,
hilito de la tarde
para bordar.
Bórdame corazoncitos azules
para regalar,
que hoy es fiesta,
mi fiesta,
la tuya,
la de más allá.
¡Ay, cómo bailarí
con los brazos en alto,
sin descansar!
Castañuelas de los zapatos,
cascabeles del delantal.
Déjame que baile
y cante
y grite
mi cantar.
Por la orilla,
onda de la orilla,
de la cintura,
del andar.
¡Haz pedazos el aire
sobre mis ojos,
para mis ojos,
más!
Que hoy es mi fiesta
la mía,
la tuya,
la de más allá.

REMOLINOS del aire,
del viento,
del momento.
Va y viene,
viene y va.
Alrededor de mi frente,
delante de mis ojos,
por mis oídos.
En la garganta,
collar de plata.
Para los hombros,
en el pecho,
cinturón, contorno.
Remolinos de los instantes,
del único pensamiento,
repetido, uniforme,
insistente.
Y viene, y va.
¡Cómo te quiero
momento libre
de mis horas,
mío sólo!
Para mi bien,
para mi mal.

MIRA:
me gustas porque sabes
decir mentiras.
Si dijeras verdades
no me gustarías.
¡Qué dulce que sabe
la mentira!
Es buena,
noble,
decisiva.

Y la verdad
¡qué tonta y desabrida!
Siempre igual,
esperada, conocida.
¡En cambio la mentira
qué dulce,
amarga compañera mía!

Te quiero,
porque sabes decir mentiras.

PARA besar tu boca blanca
habría que perder la aurora
de las distancias.
Que tu boca es una,
tuya,
recta,
intacta.
Yo no quiero besar tu boca blanca,
azul, amarilla,
ignorada.
No quiero,
que no quiero,
que no,
no,
blanca.

Y no sé más.
Que sí, que no, y siempre
igual.
Yo quisiera saber más.
Saber: «quién sabe»,
«acaso», «quizá».

¡Entonces,
qué bien me iba
a explicar!
Diría
lo de adentro
hacia fuera
limpio,
verdad,
sin engañarme,
sin engañarte,
leal.
Pero no sé más.
Sí, no,
y siempre
igual.

CAMINITO de la noche
dime dónde vas
con tus cuatro palabras
sin acabar.
Que por donde está el río
no viene la mar
y viene y va.
¡Ay, qué solo, sin luces
ni voces para madrugar!
Caminito de la noche
guárdamelo del mal.
Pero no te pierdas
torrecita de plata
luna de cristal.

TE lo dije ya.
Muchas veces, una y otra,
cansada estoy
de hablar y hablar.
Yo creí que me escuchabas
y hablé sin cesar.
Tú, inmóvil, escuchándome
sin escuchar.
¡Qué desilusión mía
en mi afán,
sin palabras
ni gesto
ni réplica
que alzar!
Y lo había dicho ya
en el aire,
sin más.

PERO no me dejes sola.
Dime palabras y ritmos
y gestos para el alcance
y voces acompasadas.
Pero no me dejes sola.
No es presencia ni vaivén
ni caminito seguro
ni ruedecitas del aire
ni luz, ni sol, ni mañana.
Es un presente, constante,
aquí, cerca, más, despierto,
vivo, alerta, repetido,
único instinto posible.
Dime tu palabra intacta
de luz repetida y libre.
Pero no me dejes sola.

CERCA. Palabra inútil.
Yo te busco
por donde llega mi distancia.
Cerca.
Seguro instante de sorpresas.
Dormido vuelo alzado
de mí, por mí.
Cerca.
Donde mi corazón te sienta:
pulso del mar,
tictac de la ausencia,
caminito seguro,
vaivén.
Cerca.
Donde la indecisión no deje
huella.
Donde palabra,
vuelta,
marque un signo seguro.
Cerca.

ME voy a hacer un collar
con lágrimas de mujeres.
Campanitas que me canten
el mal que nunca se duerme.
Con toda lágrima inútil
del querer de los quereres.
Desde el primero hasta el último.
—¡Amorcito de mi frente!—
¡Qué collar de siemprevivas
para mi garganta y sienes!
¡Estrellitas de los cielos,
luceritos de las fuentes!
Me voy a hacer un collar
precioso, que no se pierde.

CRINES de la noche,
caballo perdido de la madrugada.
Cristales desnudos,
piel estremecida,
transparencia larga.
¡Qué escondido sueño por orillas blancas
y violento y mudo
galopar del alba!
Estanques dormidos,
caderas flexibles de la noche intacta.
Cansado desvelo
viento desvelado
humedad cansada.
¡Qué escondido sueño bajo orillas blancas
y qué lento, inmóvil
galopar del alba!

QUISIERA tener muy alto
una ventana pequeña.
Mar y cielo todo el día
que se me entraran por ella.
Prendida como un lucero
mi ventanita despierta.
De la mañana a la noche
cantando mi voz alerta.
Todo el sol y todo el aire
para adornarme la espera.
¡Ay, quién tuviera muy alto
ventana chica y abierta!

¡VIAJERO, viajero mío
muellecito de tu ausencia,
por ti me he puesto de gala
este vestido de seda!

Cuando llegues, jovencito,
ven a llamar a mi puerta,
que aunque te vea de lejos
siempre me serás sorpresa.
No detengas tu camino
por curiosidad o pena.
La mirada que se guarda
es la que más se desea:
palabra que no se dice
aquella es que más se aprecia.
¡Ay viajero del sur
mi buen amor y firmeza,
cuándo te verán mis ojos,
mis ojos, cuándo te vean!

SOBRE las hojas blancas
los números enhebran las distancias.
Cuatro corazoncitos
prendidos del extremo de tu banda.
¡Qué bonito vestido
transparente de lirios me bordara!
Cada día una herida
en el número azul de tu mirada.
¡Qué bonito vestido
vestidito, de niña enamorada!

EL cielo limpio de nubes
recién lavadito está.
La luna, sola, en su fondo
abierta de par en par.
Peregrino por el cielo
caminar y caminar
y entrar en la luna blanca
y abierta de par en par.

T ENGO un amigo a quien quiero.
Le daría este membrillo
por verle subir la calle
los jueves y los domingos.
Mi amigo ¡cómo le quiero!
acerca más el oído...
—Corazoncito navío
con un ancla en cada puerto—.

L A luz dejó caer
su moneda redonda
y sobre la moneda
de luz, quedó mi mano
abierta a la limosna.
Alrededor la sombra
acarició el contorno
de las cosas dormidas.
Yo me sentía feliz
perdida, sin reflejos,
en las paredes libres.
Sólo mi mano atenta
desdoblaba segura
su única presencia.
El afilado borde
de luz sobre la sombra
sacrificó mi mano
en su bandeja intacta.
Una, dos, tres... inútil
péndulo de las horas.

P OR el viento y por la brisa
la lluvia viene cantando
su canción de prometida.

Sacude todas las hojas
del olivo y de la encina
y multiplica sus notas
temblorosas de alegría.
La lluvia vino cantando
irisada de sonrisas
y dejó mi traje blanco
bordado de su armonía.
Regalo de la mañana
sobre mi frente prendida
en un acorde brillante
y húmedo, de medio día.

LA tarde tiene sueño
y se acuesta en las copas de los árboles.
Se le apagan los ojos
de mirar a la calle
donde el día ha colgado sus horas
incansable.
La tarde tiene sueño
y se duerme mecida por los árboles.
El viento se la lleva
oscilando su sueño en el aire.

ESTABA sobre la playa
en una carrera loca:
se tendía por la arena
dejando la huella blanca
de su línea perezosa.
Estaba limpio y desnudo
sobre la tarde parada

y era toda su presencia
una recta indefinida.
¡Viento enredado en mis brazos
como una cadena larga!

YO las vi una sola tarde.
Y eran como bronce vivo
en el espacio constante.
Concentración de sí mismo,
fuerza loca de su sangre,
línea pura de sus manos
seguras en el instante.
Yo lo vi cómo lanzaba
el vuelo azul de su encaje
—venas libres y encendidas
de sus brazos incesantes—.
Y era fuerza su dominio,
firme gesto del alcance.
Manos que me estremecían
de ese miedo de encontrarse
y al borde de mis anillos
daban un filo cortante.
Yo las tuve en mis pupilas,
viril triunfo de su imagen
prisioneras de mis sienes,
mías, una sola tarde.

TE quería
por tu palabra inútil,
fuerte muchacho atlético,
como un mundo desnudo
y trazado
de nervios.

Yo te miraba, absuelto
de aquella gritería desbandada
de gargantas y viento,
cuando tú hubieras sido
vencedor de mi acero
y de aquella muchacha despeinada
en su inútil esfuerzo
y sólo fuiste proa
valiente
de tu pecho.

DOBLE foco de luz uniformado,
abanico de azules varillajes.
Los esmaltes se miran en las sombras
sobre la cinta rápida de acero.
En el aire se parten las estrellas
divididas en miles de alfileres.
Imagen del cristal. Volante-disco
como un reloj sin cuerda entre las manos.
Viento en la frente viva. Maravilla
de estremecido respirar atento.
Y en la magia cautiva de las venas
la vibración segura de los límites.

UNA huella de luz sobre la tarde
alarga el horizonte y se confunde
en una telaraña de visiones.
Dueño de su distancia incomparable
tú llevas el vaivén sobre las curvas
como ágil marinero de tus años.
El sol busca reflejos a tu sombra
en cada vuelta azul de tu peligro.

Y la tarde se llena de milagros,
cristal abierto de los arco iris
como una estrella blanca perseguida.

¡QUÉ bien sobre el mar tus brazos
morenos, fuertes, seguros
como dos remos, salados!
Brillantes de sol y agua
desde lo alto se afirman
agujas de la mañana.
O bien sobre el mar se tienden,
pez azul bajo las olas,
doblando la espuma verde.
¡Que eres de mar, no de tierra,
remero de tus dos brazos
salados, color de arena!

BLANCO, uniforme, números. Abierto
campo de alegre alfombra de cemento.
Rápido y luminoso, estremecido,
por la forma y la línea perseguido.
Luz en el aire abierta. Sol y encaje
en el círculo y punto del paisaje.
Golpe y fuerza. Valiente bienvenida
a la mirada atenta y voz perdida.
Concentración del número. Pupila
que en un fondo de blanco se perfila.

ESQUINAS de la tarde se perdían
por la línea segura de tus brazos.
Firme perfil del aire, tú llevabas
enemigo seguro frente a frente.
Yo era implacable juez desde la proa
afilada y valiente de tu ritmo,
y la curva constante de tu brazo
repetida y distinta, cada vez
más segura y presente en su dominio,
me cruzaba de impulsos la mirada.
Yo iba segura allí, frente a tus brazos
perseguidos de sol y de reflejos.
Desprendidas esquinas de la tarde
me marcaban la voz de tu presencia.

HOY, mañana, y siempre más.
Arenas, vientos y mares,
cuerdas, brisas y resoles.
Cintura, curva consciente,
brazos y perfil. Compás
de la mirada, dos, tres,
parpadeo desigual.
Sol, mañana, siempre, más.
Redondas velas de adentro,
timón ligero, pez vivo.
Y más. Por la mañanita
niño pequeño, dormido.
A la tarde niño malo.
A la noche despertar.
Hoy, mañana, y siempre libres
caminitos de la mar.

QUISIERA tener sujeta
la naranja de la tarde
así entre las manos, fresca,
sin la piel rubia y brillante
tirabuzón de la luna
peinado por mi cuchillo.
Que sabor a fruta nueva
ha de tener en los bordes
el mar, la arena y el aire.
¡Qué deseo de partir
en dos mitades la tarde!
Cuando la noche se asome
a su ventanal de cobre
se tragará la naranja.
¡Ay niña desconsolada!

LA cintura para el brazo.
Brazo para la cintura.
Que naciste cinturón
y que naciste contorno.
Así, círculos del aire,
tio vivos del momento,
ruedecita de fortuna,
ondas de la superficie.
Brazo, cintura, paréntesis,
interrogación doblada.
Y no hay más. Cintura, brazo.
Resumen de geometría.

MI falda de tres volantes
y mi blusa desprendida,
qué bien me adornan andares
y brazos del aire libre.

¡Cómo se ondea mi falda
desde el volante primero
perseguida curva eléctrica
hasta la rodilla firme!
Y mi blusa desprendida
viento y calma, sol y sombra,
cómo juega y se persigue
desde el hombro a la cintura.
¡Ay qué me gusta mirarte
espejito biselado,
cristales de las esquinas,
gafas de los estudiantes!
¡Qué bien me veo pasar
remolino de las brisas
pequeña y grande, confusa
huella blanca en el asfalto!

VIENTO de la mañana
rendido de fatiga
sobre mi cuerpo libre
extiende su presencia.
Marinero del árbol
y de las nubes blancas
hizo grandes veleros
en mares de planetas.
Mi balanceo ayuda
su navegar incierto
suspendida en el aire
por cuatro cuerdas tensas.
Ahora viento cansado
tibio de la mañana
sobre mi cuerpo busca
la paz de su carrera.

Yo entrego mi presencia
a la mañana limpia
y el viento me columpia
como a una niña buena.
El viento que me abraza
y enreda los vestidos
para dejarme sola
con la mañana incierta.

MARZO INCOMPLETO

*Nos alejamos uno de otro y, a causa de la nostalgia,
mis costados están ardientes y, en cambio, no cesan
mis lágrimas.*

*Al perdersenos, se han cambiado mis días y se han
tornado negros, cuando con vos hasta mis noches
eran blancas.*

De la *Epístola sobre el mérito de
Al Andalus*, de ALSAQUINDI.

Traducción de EMILIO GARCÍA GÓMEZ.

1

QUISIERA que en lugar
de este Abril y este Mayo
y de este sol que nace
con el aire temprano,
fuera otra vez, de nuevo,
aquel Marzo incompleto.
No tenía principio
ni fin. Era mitad,
centro predestinado,
eje de un solo sueño.
¡Ay, yo hubiese querido
que como rueda libre
del recuerdo, este Marzo
girara! Yo lo tengo
prendido entre mis sienes.
Pero así no lo quiero.
¡Haber sido una vez
círculo de este anhelo!
¡Girar constantemente
por el mismo momento!
Y ahora dieciocho
y veintisiete luego,
y en esas nueve fechas
girar con mi desvelo
Pero este Abril lejano
y este Mayo en silencio

que dejaron mis voces
encerradas por dentro,
¿qué saben de este Marzo
sin medida, incompleto?

I

1

POR la calle abajo
venía cantando
sus voces oscuras
de viento encerrado.
Por la calle abajo
su impulso callado,
y el corazón dentro,
dormido y saltando.
Se abrieron las puertas
por la calle abajo
—calle que encerraba
consonante claro—,
y unieron cadenas
de brazos y brazos.
A espaldas cubiertas
del viento y del canto,
donde la sorpresa
olvidó el engaño,
donde los tres cielos
se dieron la mano,
por la vez primera
temblaron los labios.
¡Clarines de fuego
las sienes cantaron!
¡Qué ascenso de glorias
los ojos turbaron!

El mundo redondo
de Dios y los sabios,
con su cielo y tierra
y el mar y sus astros,
¡ay, cómo rodaba
por la calle abajo!
Y se quedó sola,
la hora, vibrando.

2

NO sé por qué voy y vengo
de la sombra a la pared,
ni yo misma sé por qué
se me desprende la luz
contra mis brazos en cruz.
Me olvidan sola, en la ausencia,
y me cierran las paredes
a oscuras, con cuatro puertas.
Nadie me ve ni me oye.
Nadie sabe de mis voces.
Ni de mi cuello inclinado,
ni de mis brazos ceñidos,
ni de estos mis pies descalzos.
Nadie lo sabe. Yo sí
lo sé. Pero voy y vengo
de la sombra a la pared
y me desprende la luz
contra mis brazos en cruz.

3

¡QUÉ deseo más amplio,
 tan insubordinado,
 me sube hasta la frente,
 saltando!
 Sin el número siete,
 ¡qué feliz sobresalto!
 y una y otra vez
 alineados.
 Y toda la aritmética
 y todo el calendario
 por alto de este siete,
 imperturbable y pálido.
 Un, dos, tres, cuatro, cinco,
 seis, ocho, ¡eliminados!

4

MIS años compañeros,
 años míos, inciertos,
 niños desordenados
 al salir del colegio...
 Ya son dos y son tres,
 compás del mismo tiempo,
 maravilla segura
 de inagotable anhelo...
 Mi corazón latió
 veintitrés balanceos.
 Mi corazón amigo,
 buen profesor pequeño.
 Y hoy no sé qué me pasa...
 Y hoy no sé lo que tengo...
 ¿Es uno más, amigo?
 ¿Uno más... o uno menos?

5

SI el estar en el tiempo
 con las manos cruzadas
 no fuera un puro olvido,
 inocente, del tiempo.
 Si el escuchar el aire
 y el ver el sol, y el viento
 no rozara los labios
 mudos, indiferentes...
 ¡Ah, si todo eso fuera...
 yo no me olvidaría
 de una vez que en los ojos,
 de otra vez que en el pelo,
 de otra que en la garganta...!
 ¡Pero el viento y el tiempo...!

6

NO saber si por tus ojos
 una verdad se me ofrece.
 Balancear de alegrías,
 pendular de los relojes.
 Tener la duda constante
 del sí y el no entre las sienes.
 ¡Ay, yo quisiera probar
 el sabor de las certezas!

7

SI mi voz no cantara
 y tuviera
 la luz de mi garganta.

Si el vibrar de mis sienes
no fuera
campanita de plata.
Si en mis ojos no hubiera
ese afán
y ese amor que los alza.
Si me faltara el cielo
o el aire
que se ensancha
y el engaño feliz en mis oídos
de aquella voz tan clara.
Si no tuviera el viento
de los mares
para viajar mis ansias,
¿dónde, amor, la esperanza?

8

SI yo pudiera, amor,
engañarme a mí misma,
vivir a ras de tierra,
siempre en la superficie,
a flor de agua y de luz,
no dentro, sumergida,
interiormente viva...
¡Engañarme, oh amor,
como el niño que ríe!
Hacerme creer que esto,
y este fantasma oscuro,
desmesurado y ancho,
son sólo interiormente
unos brazos amigos
que luego han de estrecharme...

9

ESTA confianza mía,
arco iris pintado,
o enredadera blanca
de mi frente a mis manos...
Ya no puedo librarme
de su escondida gracia
que me dice al oído:
«tal vez hoy... o mañana...»
¡Esta confianza mía,
tan buena amiga, sí,
porque algún día...!

II

1

LLEVABAS

en los pies arena blanca
de una playa desconocida.

Por eso

cuando a mí llegaste
no sentí tus pisadas.

Llevabas

en la voz desnuda
un compás de espera.

Por eso

cuando me hablaste
no pude medir tu voz.

Llevabas

en las manos abiertas
espuma blanca de aquel mar.

Por eso

de tu bienvenida
no pude conservar la huella.

Todo tú

venías en mi busca
y no pude reconocerte.

¡Arena blanca, compás de espera, espuma blanca!

¡Inquieto sueño de la verde orilla,
rizado de preguntas...!

2

CUANDO el tiempo
 no tenga ya memoria
 y todo lo pasado
 sólo exista en la luz
 de mi recuerdo intacto.
 Cuando tu vida ya sea otra
 y ese rumbo
 del que hoy irás en busca
 sea ya tu destino.
 Cuando tú y yo,
 salvadas las distancias,
 la inevitable ausencia
 que tu palabra puso a nuestro alcance,
 volvamos a encontrarnos
 frente a frente,
 yo buscaré detrás de tu mirada
 la imagen de mi imagen,
 y todo
 lo que ahora he perdido
 lo volveré a encontrar.

3

LLEGAR sobre las alas de mis pies
 hasta tu ausencia.
 Quedarme así, sobre tu imagen,
 y apoyar la rodilla
 en el borde de tu abandono.
 Quisiera,
 en la paz de ese absurdo que inventamos
 para que todos lo dudaran
 y tan sólo tú y yo
 en él creyéramos,

alzar la vida sobre el mundo.
¡Si yo pudiera llegar así
y sorprenderte,
sobre las alas de mis pies esclavos!

4

ENCONTRARTE

por las abiertas mariposas de la noche.
Por la sombra
donde tus ojos buscarían apoyo.
Descubrirte
por los caminos de lo inesperado,
donde tus palabras
encontrarían su contorno.
Sorprenderte
por tu misma certidumbre,
donde tu propósito conseguiría libertarse.
Y hacer de ti la luz,
el porqué de soñar,
de estar despierto;
la razón de sonreír,
de respirar al sol las alegrías...
Todo lo que en tus ojos se ha dormido.

5

NO

quise abrir los ojos
porque encerraba dentro de mí la luz.
Estabas allí, sobre mi sueño,
limpia aún tu presencia.
Aprisioné la niebla del despertar
y poco a poco, hundiéndome,

volví a probar el sueño.
Me tragaba en su hondo,
profundo desconsuelo...
Me empujaba
en el vértigo y la angustia
del ansia.
Allí quedó tu imagen,
viva,
el mejor gesto tuyo.
Allí
donde estaban tu voz
y tu presencia.
Sueño.

6

SOÑAR contigo
es como soñar con los muertos.
Los vemos tal como ellos eran;
tal como para nosotros fueron.
Así tú, imagen resucitada
del tiempo vivo del recuerdo,
lejana, en un mundo invisible
a través de un mar de silencio...
Los muertos se nos aparecen
vivos de nuevo en nuestros sueños
y nos sonríen con sus mismas sonrisas
y nos besan con sus mismos besos.
Igual tu imagen
en mi sueño:
como un ser querido y perdido,
recobrado de nuevo.

SONÁBAMOS un mundo fabuloso.
 Juntos, hubiéramos sembrado campos,
 construido fortalezas: vencedores,
 porque oíamos ambos igual eco.
 Hoy nuestros hijos ya serían hombres,
 muchachas que sonrieran su esperanza.
 Hijos de nuestro amor, árboles fuertes
 a cuya sombra nos acogeríamos.
 Jamás el mar hubiérase apartado
 de mi contemplación, hija de la isla,
 porque allá en su rincón, el mar antiguo
 habríame esperado cada estío.
 En las cuatro paredes de su casa
 —aquella que en imagen yo habitara—,
 hubiéramos vivido nuestras horas.
 ¡Qué jóvenes y fuertes los dos éramos!
 Edad nueva, increíble, misteriosa,
 que entonces parecíanos sencilla
 y hoy la sueño, impalpable, ya perdida.

NADIE podrá decirte
 como yo
 el sabor de las lágrimas.
 De las sonrisas te hablarán
 todos aquellos a quienes preguntes.
 De las lágrimas,
 yo.
 Tú no puedes saber
 qué maravilla
 el placer de verterlas.

Qué sabor de imposibles
en los labios.
Todo lo contenido,
lo hondo y profundo,
convertido en claro y transparente.
Tú nunca lo sabrás,
tú,
que no lloras.

III

1

A lo largo de mis años estériles,
¡cuánto he pensado en ti!
He apretado la frente de sueños
y he estrujado el pobre desconsuelo
de tu cuerpo pequeño,
tus primeras sonrisas,
tu primera palabra.
He pensado, hijo mío,
que serías la razón de mi vida,
mi compañero,
el íntimo secreto de mi lucha,
el regalo para mi soledad
y también mi inquietud.
Cuando he visto
otras madres que guardan su silencio
sobre pequeñas frentes,
he comprendido el torpe desamparo
de mis manos vacías,
y estas lágrimas duras
que todavía me hieren,
me han arañado interiormente.
Y he pensado: «¡se van!».
Y he sentido el terror de los años que pasan
sin haberte encontrado,
sin conocer tu voz
ni sentir tu mirada...

Pero
hoy te pido perdón por esta paz que es mía.
Tú, por quien he soñado,
sabes mejor que nadie de esta anchura del mundo.
Y a ella me he asomado.
Hoy no te ansío, hijo, materia, cuerpo, sangre.
¡Luchar por ti, atenazar la vida,
gritar de amor por tu alegría
ver florecer tu rama,
vivir en ti de nuevo,
y, de pronto,
cuando el árbol te cobija los sueños...!
¡No!
Mejor ha sido así. Hoy tu desvelo
ya dejó de inquietarme.
Ocurrió en el instante
en que todo eran flores en mis manos.
La tarde parecía transparente.
En el aire había cruces enlazadas,
y del cielo
descendía un aroma a rosas muertas...

2

DE haber sido
sería igual que tú.
Tan cierta,
que en mi recuerdo vives,
rubia y pequeña,
envuelta en la tranquila
claridad de tus ojos.
Si hubiera sido,
igual que tú sería:
sonriente,

con tu traje bordado de azucenas
y con los brazos
con que me rodeabas.
Sería
tan igual a ti misma,
que como nunca ha sido,
ni es,
ni ya será,
te has quedado oscilando entre mis sueños,
mía,
prisionera en la luz aquella
que he perdido.

IV

1

DENTRO de las paredes de tu casa,
entre los hombros de tus seres vivos,
junto al aliento
de tus bocas queridas,
sobre ese pedestal
de tu vida fecunda,
la sangre ya colmada,
todo en orden y acaso conseguido
(porque pequeñas cosas
no son las que levantan monumentos
y es la sonrisa
de cada día
lo que cuenta);
bajo el techo seguro,
con el árbol, el hijo,
¡qué sencillo!
Pero desde ese otro lugar,
sin paredes,
sin hombros, sin aliento,
destruido el pedestal,
la vida estéril,
y la sangre
gritando en el desorden
y por lo no alcanzado,
(que grandes cosas son los desconsuelos,

esa ausencia
de una mano que roce tu mejilla,
y son las lágrimas
de cada día
las que pesan);
sin el techo seguro,
sin el hijo ni el árbol,
¡qué difícil!

2

OLIVO.

Seco, retorcido, tronco doloroso.

Olivo.

Ni flor,

ni rama que cobija.

Angustioso querer y nunca erguirse.

Verdinegro sopor.

Olivo.

Quisieras alzarte,

elevarte, esbelto, orgulloso,

y luchas

desde las raíces de la tierra dura

hasta donde el pecho se te quiebra.

Olivo.

Tus brazos no llegan,

se quedan oscuros.

Tu rama

apenas es bella.

Pero tú, olivo,

no cambiarías tu entraña por llegar al cielo.

3

EEDAD de Cristo,
 raíz de juventud,
 flor milagrosa
 que te abres a lo eterno...
 Edad igual,
 suma total e inversa,
 perfección muda
 del equilibrio de un amor...
 Edad plena,
 dominio,
 eternidad de los mundos y cielos.
 Edad pura de Cristo,
 tu belleza
 en cruz fue suspendida.

 Número igual,
 con aroma enervante de universo,
 tan infinitamente
 raíz y flor
 de la tierra al espacio,
 tan equilibrio ardiente de mi amor...
 —edad de Cristo,
 también crucificada—.

4

PEZ frío de mi cuerpo
 que resbalas por la humedad en sombra
 de la angustia.
 Pez afilado de la angustia.
 ¡Qué deslizarse por el río helado
 del llanto sin sollozos!

¡Cuerpo mío, perdido,
sin brazos que lo alcancen
al final del olvido!
Carpa dormida entre las aguas quietas,
eternamente viva.

5

ME busco y no me encuentro.
Rondo por las oscuras paredes de mí misma,
interrogo al silencio y a este torpe vacío
y no acierto en el eco de mis incertidumbres.
No me encuentro a mí misma.
Y ahora voy como dormida en las tinieblas,
tanteando la noche de todas las esquinas.
Y no pude ser tierra, ni esencia, ni armonía,
que son fruto, sonido, creación, universo.
No este desalentado y lento desgranarse
que convierte en preguntas todo cuanto es herida.
Y rondo por las sordas paredes de mí misma
esperando el momento de descubrir mi sombra.

V

1

ESTOY clavada en el espacio, inmóvil
como una mariposa prisionera.
Coleccionista ciego no dudaste
en dejar a los aires sin adioses.
Ya no puedo moverme de este quieto
rincón de sueños de mis alas muertas,
donde mi corazón tiene prendido
el filo agudo que le clava el tiempo.
A veces por el borde de los años
—siete colores de la sangre quieta—
pasa rozando el viento y las alegres
desconocidas voces de otros tiempos.
Pero clavada estoy y ya no puedo
descubrir mundos ni contar estrellas...

2

MORIR. Y tras la sombra
de lo que todos ignoramos,
contemplar a los que lloran.
Ver cómo aquellos ojos
que miraron sin fe,
cómo aquellas sonrisas,

cómo aquel ademán...
Estar quietos, mirando
a los demás llorar
cuando ya no se llora.
Descansar una vez
de este tormento oscuro
y ver cómo son otros
los que sufren.
Ser niebla, sombra, nada,
cuando otros despiertan.
Y dormir apoyada en el hombro de Dios,
sin años, ni recuerdos...

3

YA lejos estaré.
Pronto las tardes
sobre las tardes doblarán las horas
y las noches sin luces
sobre las noches dormirán su sueño.
Lejos, pronto, estaré.
Para mis ojos
no habrá de las sorpresas el encuentro,
ni hallaré en mis oídos
tu voz tan esperada.
Muy lejos estaré.
Por tu recuerdo
no encontrará mi imagen el regreso.
Toda la tuya, en cambio,
por mi recuerdo ha de tener caminos.
¡Qué lejos estaré,
ciega, perdida,
con esta vida inútil en tu busca!

HE de morirme
con los brazos en cruz
como Cristo Señor
en el Calvario.
Con los brazos en cruz han de llevarme
como un águila azul por el sendero
y no habrá caja blanca
en donde pueda reposar mi cuerpo.
Me llevarán en andas,
sostenida en el borde febril
de mis cuatro costados,
y mis brazos en cruz serán señales
que orienten a las rosas y los pájaros.
Con las manos en cruz he de morirme,
que Él murió por amor
en el Calvario,
y de este gran amor que voy perdida
ya nadie más podrá juntar los brazos.

MEDIDA DEL TIEMPO

*«La palabra del alma
es la memoria»*

LUIS ROSALES

MIS amigos de entonces,
aquellos que leíais mis versos
y escuchabais mi música:
Luis, Jorge, Rafael,
Manuel, Gustavo...
¡y tantos otros ya perdidos!
Enrique, Pedro, Juan,
Emilio, Federico...
¿por qué este hueco entre las dos mitades?
Vosotros ayudasteis
a la blandura del que fue mi nido.
Yo me formé al calor
que con vuestras palabras me envolvía.
Me hicisteis importante.
Con vuestro ejemplo,
me inventé una ambición
y tuve
vuelos insospechados de gaviota.
Gaviota, sí,
porque fue el mar mi espejo
y reflejó mi infancia, mis septiembres...
¡Amigos que de mí hicisteis nombre!
A la mitad vertiente de mi vida
hoy os llamo.

¡Tendedme vuestras manos!
Yo me sentí nacer,
para luego rozar de los cimientos
la certera caricia.
Pero de pronto,
un día me cubrió lo indefendible,
algo sin cuerpo, sin olor, sin música...
y me sentí empujada,
cubierta de ceniza,
borrada con olvido.
¿Dónde estabais vosotros, compañeros,
vuestras letras de molde, vuestro ingenio,
vuestra defensa
contra el desconocido ataque?
¡Oh, amigos!
Enrique, Pedro, Juan,
Emilio, Federico...
nombres
que no responderán mi voz.
Manuel, Gustavo,
lejos...
Luis, Jorge, Rafael...
Que aunque el afán
vientos nos dé para encontrarnos,
ignoro en qué ciudad
y si llegará el día
en que vuelva a sentirme descubierta.

I

PLATITO de porcelana,
agua clara y de cristal,
cinco papelitos dentro
todos doblados igual.
En cada papel los nombres
escritos a mano están.
¡Víspera de San Antonio
y víspera de San Juan!
Azotea de mi casa,
noche clara en la ciudad.
Las hogueras en el *rísco*
flores son de vanidad.
A la mañanita, luego,
cinco papeles habrá
náufragos del agua clara.
—Madre, ¿quién los salvará?—
El que esté abierto del todo,
ése mi novio será

¡QUÉ pena la niña blanca,
qué pena la más amarga!
Ruedas de limón le cortan
para la boca cerrada.
¡Qué pena la suya, madre!
Tierra ha de beber, no agua,

que son amargos suspiros
alivio de su mirada.
¡Ay, la niña, qué dolor!
Jovencita para Pascua,
tirabuzones dormidos
lleva sobre las espaldas.
¡Qué pena la niña blanca,
qué pena la más amarga!

LA niña, desnudos los pies en el agua.
La noche se esconde de la madrugada.
Ella y él. Las sombras solas por la playa.
La niña vestida de blanco y descalza
salta y se estremece por la orilla larga.
Ella y él olvidan una sombra intacta.
(La niña y la noche por la madrugada).

II

LA palmera se eleva en el olvido
sobre el monte dormido en la maleza,
dominando del valle la tristeza
y el mar entre montañas escondido.

Todo el ancho girar del viento herido
lo lleva por adorno en su corteza.
Para canto y loor de su belleza
en su copa la alondra ha hecho su nido.

Hay un gesto de gracia en la palmera
ante el mar, bajo el cielo y en el monte,
en invierno, verano y primavera,

que el color de este mar palidciera
y el cielo nublaría el horizonte
si contemplar su gracia no pudiera.

P LAZA de San Bernardo con sus laureles viejos
y sus casas terreras y aquélla de la cruz...
Aceras empolvadas sembradas de reflejos
y las fachadas blancas impregnadas de luz.

Una lenta *tartana* cruza el adoquinado
y un pregón de sardinas eleva su cantar.
Desde el *risco* nos llega un rumor de altercado
y un piano, en la penumbra, ha empezado a sonar.

Es la hora soñolienta de cerrados balcones.
La casa está en silencio y allá en el comedor
el reloj da la hora con melodiosos sonos.

¡Plaza de San Bernardo! En nuestros corazones
tu estampa provinciana conserva su color.
Y el recuerdo te ronda por todos los rincones.

NOCHES sobre la playa: rumor de orilla fresca.
Blanco batir de remos que la sombra sorprende.
Sobre la *barra grande* los hachones de pesca,
y un cuerpo perezoso que en la arena se tiende.

En lo alto de la Isleta el faro gira y gira.
Un denso olor a algas... Venus, la Osa Mayor...
Rasguea una guitarra. Una mujer suspira.
La brisa trae aromas de madreSelva en flor.

Y en las noches de luna, sentados en la acera,
al ritmo melodioso de una antigua habanera
lánguida y cadenciosa con su aire dulzón,

evocar las figuras de la memoria mía,
(los padres, el hermano, Dolores y María)
envuelta entre los pliegues de un viejo pañolón.

SEMANA Santa isleña de inefable memoria:
traje nuevo bordado, zapatos de charol...
Ruidosos *triquitraqes* del Sábado de Gloria:
humo de sahumerio, algarabía y sol.

El «Señor de la burra» lleva en alto la mano...
(¡Oh, aquella hermana rubia que murió en la niñez!)
Y «La oración del Huerto» por la calle del Cano;
y «Humildad y Paciencia» con su pálida tez...

«Señor de la Columna» y el de «La Cruz a cuesta».
Y el gallo de San Pedro; y el dedo de San Juan...
La Verónica triste que el milagro nos muestra...

Por las calles isleñas los *tronos* pasarán
un año y otro año, en la ciudad en fiesta.
Pero aquéllos (¡oh, Bécquer!), éstos... no volverán.

MONTAÑA de los Lirios junto al viejo Bandama.
La casa solariega, en su falda escondida.
Algarrobos inmensos, carretera perdida
entre las verdes copas y la agreste retama.

Centenarias raíces que desgarran el suelo.
Camino polvoriento que conduce al hogar...
¡Con cuántas ilusiones nos hiciste soñar
contemplando los árboles, navíos sobre el cielo!

Suenan las campanillas al cruzar la *portada*.
Arriba está El Cabezo. Abajo está el lagar.
Y las puertas se abren para nuestra llegada.

Dentro, hallamos la «pila», el «tallero», el yantar,
y el reloj que repite su lenta campanada...
Temporadas del Monte... ¡Bendito recordar!

EL salón de mi abuela. Adamascado
tresillo isabelino. Torneadas
mesas de mármol. Piezas esmaltadas
y un gran espejo de perfil dorado.

Hay un piano de cola, afrancesado
y un atril de caoba. Y apoyada
en un árbol con ramas, recatada,
una pastora empuña su cayado.

Presidiendo, el retrato del abuelo:
lentes de oro, rostro rasurado
que enmarca el liso corte de su pelo.

Y un cesto de labor, muy ordenado,
donde las manos pálidas, el vuelo
de su recuerdo, teje con cuidado.

III

ESTA fotografía, cinco hermanas,
María, Manuela, Encarnación, Francisca,
Rosa; con sus hermosos trajes
de ricas sedas y pasamanerías;
sus lujosos sombreros,
su empaque señorial de grandes damas...
Esta ya pálida fotografía,
que debió envanecer al artista
(barba cerrada,
oculto bajo el negro paño,
atento al objetivo).
Las cinco hijas del glorioso prócer,
hermanas del notario,
del médico famoso...
Cinco vidas,
cinco destinos,
igual ritmo
palpitando bajo la piel de sus escotes...
Cinco hijas queridas,
una a una
fueron borrándose,
perdiéndose en el polvo.

.....
Rosa, la más joven,
la que «niña mimada»
fue allá en la vieja casa de Vegueta
para aquella familia;

viajera por el mundo
para volver —presagio de cenizas—,
a dejar en la tierra,
en la pequeña isla de su infancia,
la última huella,
se ha llevado tras sí
con su postrer silencio,
el último latido de esta fotografía.

ESTA música amiga que ahora escucho
y este reló que suena acompañado,
me devuelven la ausencia de unos años
que el recuerdo conserva en la memoria.
¡La casa y la cancela! Los helechos
que colgaban de verde las ventanas:
el papel que cubría las paredes
con medallones y guirnaldas de oro...
En el piano tocaban unas manos
las notas que hoy escucho, repetidas.
Y el viejo reló daba, igual, la hora,
bajo el techo seguro de mi casa.
Tu voz, madre, colmaba nuestras vidas.
Me gustaba apoyarme en tu regazo,
sobre tu blusa pálida, de encajes,
porque era blando y suave, como el nido.
Entre todos mis sueños, tú, elegida.
Año tras año, madre, te he seguido.
Conozco cada huella de tus pasos
y cada luz que asoma a tu mirada.
Hoy ya no eres la madre. Me has nacido
como un hijo con el cual Dios premiara
mi estéril inquietud agonizante.

HERMANO: tú compartes mi silencio.
Yo, en esta vida indiferente y ciega:
tú, en ese mundo misterioso y mudo...
Mi silencio te es fiel. Tu noble imagen
acompaña mis horas, por mis años,
con esa claridad que fue tu vida,
envuelta en tu sonrisa generosa.
Nuestras voces se unieron, infinitas,
en nuestras musicales expansiones.
Y hoy quisiera encontrar en el vacío,
el eco evocador de tu garganta.
Estuviste a mi lado, compañero,
desde mi soledad a mi aventura.
Siempre tu nombre fue, para los tuyos,
imagen de intocables perfecciones.
Tu retrato está hoy junto a mi sueño.
Tus ojos miran, llenos de ti mismo:
tu sonrisa se ofrece, limpiamente.
Cada noche te miro y me pregunto,
hermano que dejaste nuestra casa,
por qué no acepto tu implacable ausencia...

IV

SI el cristal es imagen del reflejo
y el espejo devuelve la presencia;
si las aguas repiten igual eco
y la gracia está en toda transparencia;
¿por qué no hallar soñada semejanza,
doble llamada, tal correspondencia,
si el afán de alcanzar es siempre nube
y lo que aguarda está con la prudencia?
Como este amor que siento y que no acierto:
el pecho en vilo y el espacio ausente,
un elevar los brazos, una brisa,
una tenacidad de lo presente...
Y el cerrarse los ojos cuando acaso...
Y enmudecer porque soñó la frente...
Y entregar voluntad, porque es la propia,
y desear la fuerza del prudente...
Así encontrar, calcado de mí misma,
así tener amor que me quisiera:
que al yo sentirme dardo en la distancia
él fuera blanco que me recibiera.
Y que toda corriente estremecida
fuera corriente igual que recogiera.
Y que si ciega y muda yo aguardando,
enmudecido y ciego igual espera.
¡Ay, si fuera la sombra copia exacta
y los cinco sentidos cinco huellas,
tú y yo por este amor, recta infinita,
enfilados de luz a las estrellas!

SÉ que es mudable y en cambiar se ufana.
Que todo lo repite y nada es nuevo.
Que la mirada que en amores gana,
pierde en amores, siendo amor el cebo.

Sé que lo que hoy es templo decisivo
mañana será tumba indiferente;
y que los versos que hoy ofrece, altivo,
a otra, mañana, ofrecerá inclemente.

Todo esto lo sé. Nada me obliga.
Y aun conociendo el mal, al mal aspiro:
porque sin mal, no hay bien que amores diga.

Que en la gracia mudable de su giro
está toda la savia de la ortiga:
si es que a dar en el blanco alcanza el tiro.

ESTA hiel que me dejas, ¿es acaso
destino mío, o herida que no cierra?
¿No llegó hasta tu aliento mi enraizarme
y este crear en mí, por ti creado?
La voluntad que de mis horas fijo,
¿no huellan nada en ti? Yo he sorprendido
en nuestras voces una igual presencia.
¿Acaso lo que hiere, lo que quema,
me estuvo destinado? En ti yo espero
el volver a nacer, mujer muriendo.
Tu sombra es ya mi sombra y luces quiero
para mi vida y tu vivir, eternas.
Mi voluntad es cera, en este humo
palpable y colosal, que llaman «alma».
Dolor, herida, huella, llama, esencia,

todo crear por mi silencio y goce
sin detener la humana servidumbre:
atravesando siempre los sentidos.
Que «la nada» está aquí, junto a mi cuerpo,
en esta soledad de tu presencia
que me has dejado hoy, por mi castigo,
para mejor amarte en cada vena.

V

HA llegado las noches para mi pensamiento.
Libre de objeto alguno,
necesita el espacio, la hora y la ventana
sobre el mar y la luna.
Brújula en el desorden,
tu voz sobre la raya del mar y el horizonte.
Y no puedo perderte.
Juego sobre la playa,
pero te encuentro siempre, dentro,
escondido en mí.
Sobre los ojos
llevo la telaraña blanca
de tu recuerdo limpio.
Vives en mí tu vida.
En esta hora tranquila de la noche
la cuerda de tu ausencia vibra sonora,
rodando por la orilla
como una piedra húmeda.
Yo me adentro en el eco de tu silencio
y busco
el sueño que me sopla en los ojos.
Pero él también fue en busca de tu imagen.
Y yo me duermo en ti.
Mi sueño es un espejo de ti mismo.

DE pronto,
por encima del hombro de su madre
me ha sonreído un niño.
Yo marchaba detrás,
rutinariamente,
y él me miraba.
Y de pronto ha sonreído.
Me inundó su sonrisa
como un bálsamo en una herida.
En brazos de su madre,
asomado a su hombro,
sonreía.
Y era para mí sola
su sonrisa.

AMOR;
si eres flor
y eres palma
y eres ala;
si cuanto Dios con su presencia crea
eres, amor...
Si maravilla
y onda
y luz
y aire inocente...
Si música
y olor
y color,
¿por qué, amor,
todos los que en la tierra soñamos
no alcanzamos
tu don?
La flor,
la palma, el ala,

la onda
y la luz.
La música
y el aire
y el olor y el color,
todo, amor,
es maravilla que la criatura
anhela, sueña, espera.
Dime, entonces, amor,
¿por qué sólo dolor?

A PRENDE

del madero quemado,
de la hoja amarilla del árbol,
de la sed de la tierra,
de las arrugas del anciano.

Aprende
del quiebro del silencio,
de la sombra de la soledad,
de la mano extendida,
de la boca sin besos.

Aprende
de la mujer estéril,
de la casa vacía,
del recuerdo inútil.

Sí, corazón,
aprende
y deja de sufrir.

TÚ en el alto balcón de tu silencio:
yo en la barca sin rumbo de mi daño:
los dos perdidos por igual camino:
tú esperando mi voz y yo esperando.

Esclavo tú del horizonte inútil:
encadenada yo de mi pasado.
Ni silueta de nave en tu pupila,
ni brújula y timón para mis brazos.

En pie en el alto barandal marino
tú aguardarías mi llegada en vano.
Yo habría de llegar sobre la espuma
en el amanecer de un día blanco.

Pero el alto balcón de tu silencio
olvidó la señal para mi barco.
Y me perdí en la niebla de encontrarte
—como un pájaro ciego—, por los años.

ESTA tarde, Señor, he sentido tu mano
y su sombra me ha dado una paz bienhechora.
Bendigo mi tristeza, que no he llorado en vano,
y esta honda amargura bendigo en buena hora.

Lo he comprendido todo. El porqué de mis daños:
el insistente golpe de mi destino duro:
el pasar de los días, el correr de los años,
y el vacío abismal de este insondable oscuro.

Por gozar del silencio en soledad dichosa,
de los viejos recuerdos liberté del olvido
el mejor y el más puro de una hora venturosa.

Y después, ¡qué regusto encontré en mi tristeza!
Señor, ¡bendito seas, que en mi vivir has ido
apurando de hieles mi débil fortaleza!

VI

SE desbordaba el agua
por las rocas altivas
doloridas del viento.
Las ramas de los árboles
doblaban inquietudes
de los siglos dormidos.
Y la tierra olvidada,
fértil como la espera
y como la ambición,
aguardaba la hora
mortal de dar el fruto.
Sola sobre las horas
de una vida sin cauce,
colmada de inquietudes:
con los brazos abiertos
como una cruz sin fondo
y la frente olvidada,
yo escondía el clamor
de las aguas y el viento
en los árboles altos,
para acallar las voces
en las aguas oscuras
de mis ramas salvajes.
Y el eco de mi agudo
silencio estremecido
me respondía: «espera».

ENTRE las murallas húmedas de viento,
danza y se estremece como los suspiros,
canta y se destrenza los oros del pelo,
desnuda los hombros como madrugadas.
Entre las murallas húmedas de viento,
altas como flechas lanzadas al aire,
da vueltas y vueltas, los brazos en alto,
los ojos perdidos por el cielo alto,
persiguiendo formas por los altos bordes,
la vida en la sangre, la juventud loca,
busca y se impacienta de salvar las horas.
¿Por dónde el alcance? ¿Dónde el evadirse?
¿A qué claridades entregar el cuerpo?
Las altas murallas le ciñen respuestas.
Pero allá en lo alto, donde no hay posible,
está lo perdido palpitando forma.
¡Brazos que no alcanzo desde mi desvelo!
¿Por qué me grabasteis al ansia en la frente?

¡GRITAR, gritar a la luna
estática sobre el cielo!
Luz de abierta noche amarga
y rebeldías sin ecos...
¡Lanzar la voz que despierte
todas las cuerdas del viento!
Claro mar del horizonte,
velero que arriba al puerto...
Conquista de lo imposible
en los brazos del encuentro.
Rotas las cadenas muertas,
libre de espacios el vuelo.
Pero la noche es violenta
y es violento su desvelo.
¡Ay, el dolor que no puede
ni ser dolor, ni ser duelo!

Altas y abiertas ventanas
como pupilas de ciego
se van tragando las sombras
enhebradas de lamentos.
Entre las sábanas frías
la línea recta del cuerpo
hace estremecer de angustia
las tinieblas de lo incierto.
Y en el hueco del oído
donde se afianza lo eterno,
acompasado y monótono
marca segundos el péndulo.

NOCHES calientes de estío
apretadas de recuerdos,
que atormentadas y oscuras
cabalgan entre mis sueños:
tus lamentos ateridos
claváronme en sus desvelos
una lanza que me fija
en mitad del pensamiento.

MI cuerpo es una llama alta,
una llama que no se agita,
ni se retuerce.
Una llama detenida,
esperando la hora.
¡Flores de los almendros, oh, flores!
¡Ojos interrogantes de los niños!
¡Toda yo soy de llama!
Las horas y los días,
y aun los meses han pasado;
y con lo que se olvida,
en mí quedó la fe.

Y aún más me escondó dentro de mí misma;
y aún más me hablo interiormente,
palpándome el recuerdo,
apoyando los dedos en esta ternura que me ahoga,
abrazándome más
a esta única verdad que soy yo misma.

ES un dolor tendido de hombro a hombro,
un ahogárseme el sol dentro del pecho,
un latido tenaz en las espaldas,
como si así, de pronto, en un milagro,
fueran, precisas, a nacerme alas.
Me alzo sobre los pies por si al impulso
de mi presentimiento imaginado,
la luz me sorprendiera, suspendida,
sobre todas las cosas de la tierra.
Si más cerca de Dios, siempre estaría
más lejos del camino de los hombres.
Desde mis grandes alas cobijada,
descubriría los misterios grises
y una sola mirada bastaría
para alcanzar su atormentada aurora.
Sabría, al fin, dónde quedó la huella
de unas manos, o un cuerpo que se arrastra.
O si acaso esa huella, por tan pura,
entre la sombra se quedó olvidada...
Al vaivén de los vientos y los mares,
cuando la luna ya no me ocultara
ni un rincón de las sombras y los sueños;
cuando la flecha recta de mi angustia
vibrara sobre el blanco de mi anhelo,
las alas desprendidas de mis hombros
me dirían adiós, estremecidas,
y de rodillas volvería a caer
sobre la tierra estéril de los hombres.

VII

CUANDO veo mi imagen reflejada
en la luna impasible del espejo,
siento cómo me duele su reflejo
tan fiel a mi verdad enajenada.

Esta forma que late y se rebela,
un tiempo fue de amor y fue de vida;
y aun hoy, que huellas saben de su huida,
queda una voz para su luz en vela.

Pero un día vendrá el irremediable
que a este espejo me asome, ya acabada.
Y la raíz de fuego insobornable

que crece en mi interior, aún no saciada,
conmoverá la cárcel indomable
con su llanto de ruina abandonada.

*«Puedo escribir los versos
más tristes esta noche...»*

PABLO NERUDA.

CUANDO mi boca sea una recta de niebla
y en mis labios se formen pétalos de geranio.
Cuando mi lengua duerma en su túnel de ausencia
y mis dientes se junten en cárcel infinita.

Cuando todo sea hielo, nada, pasado, muerte,
soledad sin alcance, lejanía, renuncia,
no volverá la torpe canción de mi palabra
a enturbiar los fecundos surcos de tu camino.

Acaso alguna vez te preguntes: «¿Cómo era?
¿Qué vibración tenía su empecinado acento?
¿Aquel que me alegraba o entristecía? ¿Aquellos
que a veces me encendían o que me exacerbaban?»

Pero la tibia tierra con semillas y hormigas
habrá volcado el peso de su humedad oscura
sobre las cuatro tablas que sujeten mi cuerpo.

Y al fin habrá callado mi boca, y mis palabras
atropelladas, torpes, no herirán tus oídos.

Y aunque tus duros puños golpeen tercamente
la losa que haya puesto la piedad en mi tumba,
no podrás despertar de su sueño implacable
a esta voz que hoy deseas sin ecos en tu oído.

D
I
O
S al darnos la vida,
nos da la muerte.
No al final de la vida,
sino en la vida misma.
Morimos cada día,
en cada minuto,
lentamente.
No en una muerte rápida,
apresurada o breve,
sino agónica,
hiriente densa muerte.
Morimos por los que amamos;
por lo que no alcanzamos;
por cuanto quedó atrás.
Es una muerte apasionada,
intensa.
Es una muerte «viva».
Con todo ese dolor
del vivir cotidiano.
Morimos frente a una mirada,
una palabra, un gesto.
Morimos por la luz que recordamos,
por el rumor aquel,
por la música
o el aire que nos trae evocaciones.
Morimos recreativamente,
con dolor de creación,
de cruel alumbramiento.
Morimos por nuestra propia entrega,
o por nuestra torpeza o ignorancia.
Por no querer morir sin redenciones,
se muere, condenado injustamente.
Se muere
con la dedicación de cada hora;
con el afán inútil de una sonrisa estéril;
por nuestro desengaño
y por la ingratitud.

Se muere,
en esta vida que Dios nos da,
para que nos la crucifiquen.

AQUÍ está mi cadáver,
os lo ofrezco.
Levantad vuestras frentes
y respirad el aire de vuestras alegrías.
Tomad ya mi cadáver.
Se acabaron las dudas,
las grises inquietudes,
las preguntas,
el no saber,
la torpe sospecha.
Mi cadáver es paz.
La paz de vuestras vidas,
de vuestra labor diaria,
de la seguridad de vuestro sueño.
Mi cadáver
os dará ese tranquilo,
individual descanso.
Mi cadáver que,
vedlo,
miradlo bien,
será
un cadáver con los ojos abiertos,
con la frente desnuda
y el corazón despierto,
que espera ese milagro entre los vivos.

CUANDO llegue la hora y vengas a buscarme,
no turbes mi confianza.
Derrama en mis oídos los ecos de las voces,
de todas esas voces que me amaron.
Que la forma que traigas
semeje una sonrisa.
Que haya paz en tus manos cuando roces mi frente.
No me inquietes...
Tengo miedo al encuentro que acepto inevitable.
Ayúdame en el trance.
Tú no puedes traer espadas en los ojos,
ni en tus brazos un lecho de heladas azucenas.
Porque Aquel que te envía
a recoger semillas para sembrar sus campos,
no te dará la forma de sombras y temores
sino de paz y calma.
Cuando vengas,
extiende la sonrisa por mis labios
y ábreme un horizonte ante los ojos,
infinito, increíble,
para anegarme en él serena, mansamente,
guiada por tus manos
hasta los pies de Dios.

NO me quites el hijo.
Sí: yo sé que es el hombre
y que es de amor su empeño.
Pero éste es mi secreto.
No quieras
arrebatar-me al hijo.
Suyas son mis caricias;
le cuido,
me estoy mirando en él.

Tiemblo con su inquietud,
vibro
ante sus ambiciones
y siento orgullo
al contemplar su paso por la vida.
No intentes
alejarme del hijo.
El hombre, sí,
el amigo,
el compañero.
Aquél en quien se hizo posible
el milagro.

SOY feliz.
Se lo digo a mi espejo;
a este pasar del tiempo
que acaricia mi piel y mis cabellos.
Soy feliz.
Se lo digo a mi cuerpo
que aún conserva
su sombra de árbol sano.
Soy feliz.
Con el paisaje,
con la luz,
los hijos
que de otras mujeres
me son dado besar y contemplar.
Soy feliz.
Con la cuartilla blanca ante mis ojos,
en la que volcaré mis silencios.
Soy feliz.
Pero qué gran mentira
si os hiciera creer que esa huella,
esta sombra
esta luz,

aquel paisaje,
estos hijos que nunca me nacieron
y la cuartilla blanca,
sudario
que aguardaría mi renuncia,
son la felicidad
que ahora grito.

VIII

«Compañero del alma compañero...»

MIGUEL HERNÁNDEZ.

A ti,
que has llegado a mi vida
cuando es leña
mi árbol:
a ti,
que has volcado tu sombra
sobre mi tierra estéril.
A ti,
que has llenado mi patio
con tus voces,
tus risas,
tu esperanza:
a ti,
que de mi rama herida
has hecho árbol:
que del lecho
de mis brazos en cruz
has hecho nido.
A ti,
arcángel de mi averno,
este vivir que es mío,
yo te doy.

Y eras tú,
el que estaba allí,
envuelto en blanca sábana,
tus párpados cerrados
y tus cejas espesas
enmarcadas por tu pelo negro.
Eras tú,
entre las cuatro tablas,
inmóvil,
con un esbozo de sonrisa
y una paz infinita en tu semblante.
Te besé muchas veces,
con ahínco,
y me entregaron un mechón de pelo
cuyo olor aspiré, avariciosa.
Tú, eras tú...
Y te puse una rosa sobre el pecho
—mi corazón sangrante—
y me hubiera tendido a tu costado,
muy apretada a ti,
como cuando dormíamos.
y que hubiesen cerrado aquella tapa
y nos dejaran solos,
estrechamente unidos
por una eternidad.

ESTA almohada
que yace inerte junto a la mía,
recibió tu cabeza
año tras año.
Guardó el hueco de tu frente
y de tu pelo negro,
espeso y fuerte.
Fue arca de tu sueño,
reposo de tus sienes,
nido de amores.

Yo la acaricio
y hundo mi cara en su molicie
buscando tu olor último,
tu última huella tibia.
La acaricia mi mano
y mis brazos la estrechan.
¡Ay, pequeña almohada
vacía de tu ausencia,
de tu pelo revuelto
y tu respiración!
¡Qué soledad me envuelve
en mi diario nocturno
lleno de tu memoria!
¡Oh, almohada!

ALLÍ, junto a la cama,
están tus gafas.
Sus cristales vacíos
son como dos lagunas sin orillas.
Las cojo entre mis manos
y las contemplo absorta.
Detrás están tus ojos,
los presiento,
ahondando la mirada,
y la apoyo con ternura sobre el pecho,
como si tu cabeza reposara.
Las beso.
Son tus ojos queridos
mirándome
a través de la ausencia.
Tus ojos tan vitales,
en tus últimos días apagados,
tristes, mudos,
que me miraban en silencio,
anegándome el alma
de contenidas lágrimas.

TODOS los días
llama a mi puerta el desconsuelo...
Estoy vacía y su eco resuena
por todos los rincones de mi vida.
Se estremece mi sangre
que es un río de hielo
al faltarme el calor de tu presencia.
No comprendo el idioma del paisaje;
qué quiere decir «sol»,
«cielo azul»,
«naturaleza»,
«aire».
No comprendo mi ritmo,
ni mi esencia,
ni por qué sigo andando,
respirando,
contemplando a la gente,
a los perros que pasan,
a los pájaros
que mi balcón visitan diariamente.
Ni por qué la mirada,
mis ojos,
abarcán el entorno que me envuelve.
Ya no comprendo nada.
El mundo se me ha vuelto
un compañero extraño
que camina a mi lado
y no conozco.
¿Qué quiere decir «vida»?
Ya no encuentro
aquel sabor que un tiempo me dejara.
Las palmas de mis manos
se cierran sin calor,
desconsoladas.
Que eran tuyos tu casa y tu paisaje;
que está en ellos la huella de tus pasos,
el hueco de tu cuerpo...
Y está la casa llena
de tu recuerdo...

SEÑOR,
sentada estoy aquí,
a tus pies,
no sé si sobre losa fría
de una calle
o en blanda nube
de tu cielo.
Pero aquí estoy, Señor,
a tus pies,
deseosa de oírte,
de escucharte,
si no con los sentidos
materiales,
con esos otros
del alma o el espíritu.
Señor, lo necesito.
Necesito oír tu voz
o tu palabra presentida.
Recibir tu consuelo,
tu bálsamo clemente,
tu voz de flor
de aroma inmarchitable.
Señor, quiero integrarme
en el halo de luz
que te circunda
—¡ambicioso deseo!—
y concentrarme en ti.
Lo necesito.
Te necesito, Amor,
con mayúscula letra.
Amor que me redima
y alivie mi desvelo.
Tengo sed implacable
de tu sin par consuelo.
Y ahora estoy, Señor,
acurrucada
frente a tus pies desnudos,
hambrienta

de la única paz posible
en el sórdido mundo
en que me muevo.
Tu palabra, Señor,
la necesito.
Oír tu paz,
tu mar en calma,
tu freno a mi desvelo,
a mi angustia feroz...
te necesito.
No me niegues, Señor,
mi única fuente.
Estoy tan desolada,
tan muerta
en vida,
que toda yo suplico
una limosna,
una dádiva
que apague en mis cenizas
su candente rescoldo.
¡Escúchame, Señor!
Sólo Tú
puedes poner un bálsamo
en mi profunda herida.
Sólo Tú, Señor
puedes darle respuesta
a mi pregunta.
Son sólo dos palabras:
¿POR QUÉ?

DESTINO,
¿qué nombre es el tuyo,
cruel y despiadado,
que te enfrentas, altivo,
a la humanidad?

Destino,
que nos niegas el pan y la sal,
que desafías a nuestras vidas,
a nuestros horizontes,
al latido de nuestras venas.
Destino implacable,
inconmovible,
dura piedra
contra la que nos estrellamos,
pobres seres indefensos,
con las ilusiones
colgando de nuestras heridas...
Destino inhumano
que nos marcas ferozmente.
Toro asesino
que nos ensartas en tus astas
como peles, indefensos.
¿Qué nombre es el tuyo,
granítico,
cimiento indestructible
que barres nuestros latidos,
nuestras arterias?
Ignoto Destino;
a ti te son adjudicadas
todas las culpas,
todos los latigazos que recibimos
los esclavos de este mundo.
¡Ah, Destino enemigo,
rival indefendible,
adversario tenaz!
Te quisiera de frente,
cara a cara,
mis puños en tu pecho
de atleta presuntuoso
y golpearte
con mi eterna pregunta:
¿por qué?
¿Por qué esta herida

sangrante y desvelada,
vacía de respuesta?
¡Oh, Destino!
Y una y otra vez
lanzar mis puños
contra tu inexpugnable fortaleza,
hasta sentir tu sangre ¡sangre mía!,
caliente fuego
de mi mortal miseria.

NO haberte conocido.
Renunciar a los años
de incomparable felicidad.
No haberte conocido.
Borrar los años venturosos,
sustituirlos por años ignorados,
extrañamente vivos,
donde tú no existieras,
ni hubiera huella de tus ojos,
de tu boca y tus brazos.
No haberte conocido.
Ignorar tu presencia,
tu calor, tus caricias,
el eco de tu risa
y de tus pasos...
No haberte conocido.
No rasgarme el recuerdo
de memorias dichosas,
de instantes, de millares
de íntimos detalles...
No haberte conocido.
Y ahora, ¡oh, Dios!
al no haberte conocido
no sufrir de tu muerte
la cruel desesperanza,

no recordar tus ojos
cerrados, ni tu pelo,
ni tu boca, apretada...
¡no sufrir!
Porque tú
no habrías existido;
porque yo
no te habría conocido...

ROMANCE IMPREVISTO

MIS brazos en cruz golpean
altas murallas de acero.
Negativo de preguntas
mi voz se convierte en eco.
Toda yo soy brasa inútil,
río de sangre incompleto.
Unos sonámbulos ojos
y respuesta sin aliento.
Latidos sin esperanzas,
sin ilusiones, recuerdos.
Alto maniquí de mimbre
cimbreado y nocheriego.
¿Dónde están aquellas horas?
¿Dónde, que no las encuentro?
Resbaladizas preguntas
adheridas al deseo.
¡No puedo llamar mentira
a todo lo que fue cierto!
Ni puedo negar la sombra
de las ramas de mi huerto.
Pero, ¿dónde, cómo, cuándo
se me detuvo el aliento
que el corazón por la boca

me dejó vacío el pecho?
Frente desnuda, inmachita,
de mis memorias el féretro,
¡qué sabor a siemprevivas
dejan mi paladar seco!
Y mis brazos que golpean
estas murallas de incienso
y niegan paz a mis horas
y calor a mi aposento...
Mi cabeza sin descanso
en el altar de tu pecho,
ausencia de tu presencia
en estancias de silencios.
Y yo en pie, contando horas
y latidos inconcretos,
unas veces sumergida
y otras, en vilo, surgiendo.
¿Dónde, realidad perdida?
¿Dónde, inviolable secreto?
Y las palmas de mis manos
alzando mis pensamientos
en busca de una respuesta
que alivie mi desconcierto.
Para al fin, y de rodillas,
con la frente contra el suelo,
implorar misericordia
a mi abismal desconsuelo.

Los poemas de Josefina de la Torre (Las Palmas de Gran Canaria, 1907), cerraban, en 1934, la antología *Poesía española*, de Gerardo Diego, convirtiéndola en una de las dos únicas mujeres integradas en la generación del 27. La revista *Litoral* había publicado anteriormente su primer libro (*Versos y estampas*, 1927, con un prólogo de Pedro Salinas), al que siguió *Poemas de la isla* (1930). Actriz y cantante, actuó en la Residencia de estudiantes (Madrid, 1936). Después de 1940 fue primera actriz del Teatro Nacional, integrándose posteriormente en diversas compañías teatrales. En 1947 publicó *Marzo incompleto*, y en 1954 *Memorias de una estrella* (novela corta).

Lázaro Santana. Las Palmas de Gran Canaria, 1940. Ha ejercido una intensa actividad como poeta y crítico de arte y literatura. Ha publicado, entre otros libros, *Efemérides* (1973), *Destino* (1982), *Que gira entre las islas* (1985), *Perfil del oficinista* (1988), *Visión insular* (1988) y monografías sobre Plácido Fleitas (1973), Antonio Padrón (1974), Juan Guillermo (1977), Felo Monzón (1986), Cristino de Vera (1986), etc.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 29 de diciembre de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

La de Josefina de la Torre es una poesía directa, sobrevenida de la experiencia, quizá también de los sueños; una poesía hecha con intuiciones y adivinaciones que aluden a constantes inmutables como el dolor y la muerte; el amor, la infancia, la melancolía; el tiempo, los amigos (la playa, el mar, el sol), temas que están expuestos con un lenguaje sencillo cuya eficacia expresiva corre pareja con la emoción estética que produce en el lector.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem